Para la Rec.a de Concagua



(:✠:)

# CARTA DEL P. PROVINCIAL Juan Antonio Balthassar, en que dà noticia de la exemplar vida, religiosas virtudes, y apostolicos trabajos del fervoroso Missionero el Venerable P. Francisco Maria Picolo.

*P. C. &c.*

A LOS VARONES esclarecidos, que se hicieron gloriosos con sus obras, les son las alabanzas muy debidas, y â ellas excita el Eclesiastico, diciendo: *Laudemus viros gloriosos, & parentes nostros.* (Eccl. 44. ℣. 1.) Y es cierto, que â sus heroycos hechos se hace grave injuria, quando se dexan sepultados en un perpetuo olvido, el qual no po-

co perjudica â la comun utilidad; porque los que fueron, como el mismo Eclesiastico los llama: *Homines divites in virtute*, (Ibid. ℣. 6.) hombres abundantes, y ricos en la virtud, enriquecen â los demàs con su memoria, y el recuerdo de las virtuosas acciones, y ajustado proceder de los antepassados, alienta mucho â los presentes, para componer sus acciones, y arreglar sus vidas. Bastanos para prueba de esto nuestro Inclyto Patriarcha, y gloriosissimo Padre S. Ignacio de Loyola, quien no de otra mina sacò los opulentos thesoros de virtudes heroycas, que practicò, que de la leccion atenta de las vidas de los Santos: esta leccion fuè el principio de aquella pasmosa santidad, con que consumò sus dias, y terminò la carrera de esta vida mortal. Desseando, pues, yo, que viva siempre, y se conserve en sus hijos el espiritu de nuestro Sto. Padre, juzgo, que para ello es medio muy proporcionado ponerles exemplares de virtud â la vista; con especialidad los domesticos, que con eficacia suave, trahen mas bien â la imitacion. Por otra parte me parece ingratitud dexar perder la memoria de un Varon, que de muy remotas partes vino â esta nuestra Santa Provincia, y la ilustró con sus exemplos, gloriosos trabajos, y empressas, que acometió para mayor gloria de Dios, bien, y provecho de las almas. Mucho es lo que se ignora de sus virtudes, y de su vida, por haver gastado la mayor parte de ella en paramos remotos, entre barbaros, y gentiles; las pocas noticias, que han quedado, las darè divididas en paragraphos para mayor claridad.

§. I.

## §. I.

### *Patria, Padres, y educacion del Venerable Padre Francisco Maria Picolo.*

LA MUY CELEBRADA, Y OPULENTA Ciudad de Palermo, Capital del Reyno de Sicilia, fuè la Patria de nueſtro Franciſco. Nació el dia 24. de Marzo del año de 1654. Y el haver logrado por dia natalicio la Vigilia del admirable, ſoberano myſterio de la Encarnacion del Verbo divino, en las puriſſimas virginales entrañas de MARIA Santiſſima nueſtra Señora, fuè feliz horoſcopo, y dichoſo anuncio de que havia de ſeguir muy de cerca á el humanado Dios, ê imitarlo en ſeguir la empreſſa, que traxo â ſu Mageſtad de las alturas, que fuè el bien, y ſalvacion de las almas. Fueron ſus Padres perſonas muy chriſtianas, y piadoſas, de calificada nobleza, y abundantes de los bienes de fortuna. Criaron con grande eſmero â Franciſco, quien como tierra fertil, y muy fructuoſa, agradecido retornaba el cultivo de ſu buena crianza, correſpondiendo â eſta con fructos de virtud, â que fuè dado deſde ſus tiernos años, entregandoſe deſde entonces â ſervir â Dios fervoroſamente. Eſtando ya en edad competente lo entregaron ſus Padres â la direccion, y enſeñanza de los nueſtros, para que aprendiera en el Colegio de la Compañia, deſde los primeros rudimentos de la Grammatica. Apli-

cóſe Franciſco al eſtudio con grande ſolicitud, y cuydado, con lo que hizo progreſſos tan ventajoſos, que preſto comenzò â ſobreſalir entre ſus condiſcipulos. A todos excedia en ſu modeſta compoſtura, en la piedad, y devocion, que ſu porte, y acciones manifeſtaban: tanto, que ſe hizo de todos reparable ſu virtuoſo proceder, y era un eſpejo de virtud, en que componia ſus acciones la florida juventud, que frequentaba las aulas de aquel Colegio.

Por aquel tiempo, en que todavia no havia ſalido de la Grammatica, con fuertes inſtancias, y grandes diligencias, pretendiò, y obtuvo ſer admitido en la Congregacion ſecreta de dicho Colegio de Palermo, â cuyo gremio ſolo ſon admitidas perſonas muy eſcogidas, de vida exemplar, y no vulgar virtud: concurren â ella muchos, aſſi Ecleſiaſticos, como Seculares, y practican muchos piadoſos exercicios de oracion, leccion, mortificacion, y penitencia. Es tal la veneracion, y reſpecto, que â eſta devota Congregacion ſe tiene en aquella Ciudad, que no hay en ella prueba mas clara, ni teſtimonio mas abonado para calificar â algun ſugeto, de virtuoſo, devoto, y recogido, que decir: es de la Congregacion ſecreta. Amaba tierniſſimamente â Franciſco ſu Padre, y aunque era devoto Cavallero, y virtuoſo Chriſtiano, ſe le hacia duro, y havia llevado mal, que ſu hijo en tan tierna edad ſe huvieſſe aliſtado en una Congregacion tan auſtera; y aun dudaba el que eſtuviera en ella admitido, ſin acabar de perſuadirſelo por cierto: queriendo

ſalir

ſalir de ſu duda, un dia de los que ſe juntaban â ſus acoſtumbrados exercicios los Congregantes, fueſſe al Colegio de la Compañia, y llegando â la puerta de la pieza deſtinada para eſtas juntas, preguntò â el Portero ſecular, ſi ſu hijo D. Franciſco eſtaba dentro, y reſpondiendole, que ſi, añadiò, que tenia, que hablarle, y reciviria favor en que ſe lo llamara. Dió aviſo el Portero de que era llamado â D. Franciſco, el qual saliò luego del modo que ſe hallaba, en trage de penitente, con corona de eſpinas, una ſoga al cuello, y una diſciplina en las manos. Con la viſta de eſte expectaculo, que enterneciera â el corazon mas duro, vêr en tal habito, y figura â un inocente, y tierno niño, no ſolo ſe enterneció el del Padre, ſino que ſe derritiò derramandoſe por los ojos en impetuoſa avenida de copioſas lagrimas; y fuè ſu llanto tan copioſo, que embargando las voces, y oprimiendo las fauces, ſolo le dió lugar para decirle: anda hijo, y haz lo que Dios quiere de ti, y con eſto ſe volviò â ſu caſa, cierto ya de lo que havia dudado haſta entonces.

Por eſte miſmo tiempo fuè elegido Franciſco por Prefecto de la Congregacion de los eſtudios menores. Celebraron mucho la eleccion ſus condiſcipulos, y concurrentes, algunos de los quales para feſtejar â ſu nuevo Prefecto, diſpuſieron un convite en una caſa de campo, donde previnieron un banquete explendido, y todas aquellas honeſtas diverſiones, proprias de niños, nobles, y virtuoſos. El dia, que para eſto ſeñalaron, y para el que citaron â Franciſco, fuè

fuè el 28. de Octubre, dedicado â los Santos Apostoles Simon, y Judas. Admitiò agradecido el convite Francisco, y llegando el dia emplazado, fuesse muy de mañana â confessar, y comulgar, y acabadas todas sus devociones, fuè al sitio donde lo esperaban los que lo tenian convidado. Entre los otros divertimientos, y juegos, que tenian preparados los niños, havian ordenado para recivir al Prefecto una marcha militar, en la qual algunos se servian en vez de fuciles, de cañas, y de palos, y otros de verdaderas armas de fuego, aunque descargadas. Al ir entrando Francisco, uno de los niños, que no havia prevenido arma, cogió una que havia quedado en un aposento de la casa, y sin mas inquirir, ni averiguar, suponiendola descargada, cazò la llave, y acercandose â Francisco, apuntó â quema ropa, como suele decirse, y llamò el gatillo; mas con providencia especial de Dios el rastrillo no dió fuego. Francisco apartò la arma con el brazo, diciendole al que la tenia, no hay que fiarnos de armas de fuego, â lo qual respondiò èl: pues què piensas amigo, que esta arma està cargada? Mira como no lo està, y diciendo, y haciendo apuntó â un lienzo de pintura, que havia en la sala, y acudiendo en esta vez el fuego, salieron dos balas, que hicieron en el lienzo dos agujeros. A el vêr este sucesso inopinado, quedó el tirador como fuera de sí, por el grande susto, y nuestro Francisco dando â Dios gracias del evidente peligro de que lo havia librado. Desde este dia tomó por sus abogados, y especialissimos Patronos à los Santos

Aposto-

Apoſtoles Simon, y Judas, y mientras viviò celebrò ſu fieſta, con la mayor devocion, y ſolemnidad poſſible.

Y ſi bien es verdad, que havia ſido virtuoſo haſta entonces, eſte ſuceſſo lo hizo mas entrar dentro de sì, y reflexar mas atentamente en los rieſgos, â que eſtà expueſta nueſtra vida: dioſe mucho â la oracion, â la leccion de libros devotos, examenes de conciencia, penitencias, y mortificacion interior. Uſaba con frequencia purificar ſu alma con la confeſſion, y hallandoſe en cierta ocaſiou fuera de la Ciudad, no teniendo alli â ſu Confeſſor ordinario, acudiò â otro Religioſo, el qual como no oyeſſe coſa de ſubſtancia, ſino menudencias proprias de un Novicio fervoroſo, y no de un Joven lozano ſecular, y bien acomodado, le decia à cada paſſo: eſſo no es coſa de importancia, vamos â lo gordo. Proſeguia con ſus menudencias, y delicadezas de conciencia Franciſco, y el Confeſſor inſtaba: vamos â lo gordo, que eſſo nada importa; haſta que por fin reflexò en la modeſtia, madurez, y eſpecial modo de explicarſe ſu penitente, proprio de perſonas de ſeñalada virtud, y le preguntò: es Vmd. de la Congregacion ſecreta? Si Padre, reſpondiò Franciſco. Entonces, con mueſtras de veneracion, dixo el Confeſſor: acabaramos ya, y ſe concluyò la confeſſion, quedando muy edificado el Confeſſor de nueſtro Franciſco.

* * * *
* * *
* *
*

§. II.

## §. II.

### *De ſu vocacion, y entrada en la Compañia.*

EL SUCESSO REFERIDO DE LA ARMA de fuego, aunque fuè un acaſo, no ſolo le ſirviò â Franciſco para recogerſe mas, y entrar dentro de sì, ſino que lo tomò como eſpecial aviſo de Dios, en que le declaraba, que lo queria todo para ſu Mageſtad, y que le era forzoſo darle de mano al mundo: con eſto comenzò luego á penſar en el eſtado Religioſo, conſiderando, que eſte es el puerto ſeguro para librarſe de las borraſcas del mar tempeſtuoſo del ſiglo. Determinado finalmente á hacer ſacrificio de sì en las aras de la Religion, ſe hallaba perplexo en elegir la que havia de ſer, dudando qual ſerìa del mayor agrado del Señor, y para que ſu Mageſtad lo ſacara de eſtas dudas, y le diera en algun modo à entender ſu beneplacito, ſe dió mucho á la oracion, pidiendo con inſtantes ſuplicas, y fervoroſos ruegos, à ſu Mageſtad, que le inſpirara la mas acertada eleccion. Deſpues de algun tiempo, que ſeguia tan piadoſa demanda, ſe ſintiò movido interiormente á eſcoger la Compañia de Jesus, pareciendole, que en ella queria nueſtro Señor, que le ſirviera. Obedeciò luego á la interior inſpiracion, y reſolviò ſer Jeſuita, y ſin perder tiempo, dió quenta de ſu reſolucion á ſu Confeſſor, quien ſi bien ſe la aplaudiò, como acertada, y mas quando la havia concevido deſpues de muy atenta conſideracion, y ma-

maduro acuerdo; le previno, que no darian paſſo à admitirlo los Superiores ſin expreſſo conſentimiento de ſus Padres. Diſguſtóle mucho á Franciſco eſta noticia; porque ſabia muy bien la contradiccion, que le havian de hacer. Pero venciendo repugnancias ſe eſtrechò con ſu Padre, y le manifeſtò ſus deſſeos, y el animo de entrar en la Compañia. Moſtrò ſu Padre mal ſemblante á la propueſta, y no ſolo no la aprobò, ſino que le prohibiò, que volviera à hablarle en la materia.

Mas aunque hallòFranciſco las puertas tan cerradas para el buen logro de ſus ſantos deſignios, no deſmayò por eſſo, ni ſe rindiò á las dificultades, ſino que atendiendo à que los corazones eſtàn en manos de Dios, que puede inclinarlos, y moverlos à qualquiera parte, acudió à ſu Mageſtad con fervoroſos ruegos, para que inclinaſſe à ſu Padre, á que le concediera la licencia para poner por obra ſus deſſeos; y bien armado con la oracion paſſó á dar ſegundo aſſalto, diciendole á ſu Padre reſueltamente, que Dios lo queria en la Compañia, y que en negarle la entrada en ella, ſe oponia á la divina voluntad. Perſiſtió ſu Padre en dar á ſus peticiones repulſa,negando por ſegunda vez la licencia, aunque de eſta vez le añadió: no pienſes hijo, que yo me opongo á que ſeas Religioſo, lo que digo es, que no eres para la Compañia. Si fuera para la Religion de S. Benito, luego ſin dilacion alguna te concediera la licencia; pero para la Compañia no;y aſſi no hay para que tratarme de eſſo.

No faltó el animo de Francisco oyendo respuesta tan en su contra; antes sintiendo, que era Dios el que lo llamaba, y que estaba obligado á obedecer, aun atropellando á su Padre, fuesse al Colegio de la Compañia, manifestó á el Padre Provincial su desseo, y la oposicion, que hacia su Padre, y añadiò, que estaba resuelto firmemente á no salir mas del Colegio, ni volver á su casa, aunque lo mataran. Hizo fuerza á el Padre Provincial tan constante resolucion del Joven, y le respondió, que para recivirlo en la Compañia, à mas que havia de ser con gusto de sus Padres, era necessario antes probar muy bien su vocacion. A esta respuesta enmudeció Francisco, y le faltaron las voces; pero siendo cierto, que á estas substituyen tal vez con mejor efecto las lagrimas: *Interdum lachrymæ pondera vocis habent*, se valió de la muda, pero eficaz eloquencia del llanto, instando con los ojos hechos fuentes en la peticion, que no acertaba la lengua á proseguir. Fuè tanto lo que llorò, que enterneció tambien á el Padre Provincial, quien por darle algun consuelo, le dixo, que se quedara en el Colegio aquel dia. Juzgò Francisco, que ya tenia seguro lo que desseaba tan anciosamente, viendo que el Padre Provincial le concedia quedarse en el Colegio aquel dia, del qual gastò la mayor parte en fervorosa oracion, suplicando á nuestro Señor le diera el buen logro de sus desseos, quedandose para siempre en la Compañia. Entretanto el Padre Provincial escribiò un papel á su Padre de Francisco, refiriendole todo

lo

lo que con ſu hijo paſſaba, y añadiendole, que le parecia, ſegun lo que havia obſervado, que era de Dios ſu vocacion; pero no obſtante, que viera allá lo que ſe havia de hacer, y que eſtuvieſſe cierto, que ſin expreſſo conſentimiento ſuyo no lo reciviría en la Compañia. Reſpondió el Caballero á el Padre Provincial con la debida atencion, agradeciendole mucho ſu fineza, y rogandole, que le embiara á ſu hijo, que ſi Dios lo llamaba para la Compañia, èl no ſe lo havia de impedir, que ſolo ſe oponia, temiendo no fueſſe reſolucion de niño, por cuyo motivo dilataba el conceder ſu licencia, rezelando no remataſſen aquellos fervores en un arrepentimiento. Viſta eſta reſpueſta, mandò el Padre Provincial volver á ſu caſa á el pretendiente, conſolandolo con decirle, que ſi Dios lo llamaba para la Compañia, y lo queria en ella, ſu Mageſtad le facilitaría la entrada, venciendo todas las dificultades, que ſe oponian, que el mejor, y mas eficaz medio para conſeguirlo, era inſiſtir en la oracion.

Con indecible pena, y ſentimiento ſuyo volvió D. Franciſco â ſu caſa, en donde fuè recivido de ſus Padres con extraordinarias demonſtraciones de gozo, y alegria; mas al vêrlo inconſolable, aſſi para divertir ſu peſar, como para hacer nuevo examen de ſu conſtancia, y probar ultimamente ſu firmeza, diſpuſieron para el ſiguiente dia un ſolemne convite, à que concurrieron los parientes todos, para darle juntos bateria, y hacerlo deſiſtir de ſus ſantos intentos. Armados con todas aquellas razones, que ſugiere la ſabiduria

de la carne, en todo muy contraria à los deſignios de Dios: *Sapientia carnis inimica, & Deo.* (ad Rom. 8. 7.) Dieron cruel batería á el generoſo pecho del fervoroſo Joven. Enſalzaban unos el inclyto eſplendor de ſu iluſtre familia, la qual èl podria eſtender, y propagar, añadiendo blaſones á los muchos con que eſtaba ſu caſa ennoblecida. Ponderaban otros las muchas riquezas de que ſus Padres abundaban, de las quales èl havia de ſer dueño. Otros exageraban las arduas dificultades del eſtado Religioſo; lo aſpero, que es el vivir ſiempre en obediencia, ſujeto el alvedrio, y captiva la propria voluntad à la agena. Todos finalmente esforzaron ſus razones, con proteſtar, que eran nacidas del grande, y tierno amor, que le tenian.

Terrible aſſalto â la verdad, que hiciera, ya que no rendirſe, á lo menos vacilar aun à el mas esforzado. Pero en eſta ocaſion á la letra ſe viò cumplido lo que à ſus diſcipulos prometió el divino Maeſtro, que en viendoſe en los concilios, y ſynagogas, no eſtuvieran ſolicitos de lo que havian de hablar, ni del modo de oponer razones ſolidas, á las razones aparentes; porque ſe les daría eloquencia, y copia de palabras provechoſas: *Nolite cogitare, quomodo, aut quid loquamini: dabitur enim vobis in illa hora, quid loquamini.* (Matth. 10. 19.) Vióſe eſta vez Franciſco en aquel concurſo de ſus nobles parientes, que iniquamente lo pretendian deſviar de ſus ſantos propoſitos, como en una ſynagoga, en que ſin tener à Dios preſente, le maquinaban á ſu alma un gran perjuicio: *Iniqui inſurre-*

*ſurrexerunt ſuper me, & ſynagoga potentium quæſierunt animam meam.* (Pſalm. 85.14.) Pero diò à conocer, que en eſtos lances el Señor es el que habla: *Non enim vos eſtis, qui loquimini; ſed ſpiritus Patris veſtri, qui loquitur in vobis.* (Matth. ibid. 2.) Porque ſupo con tanto acierto deſvanecer todos los argumentos, que le hacian, para que deſiſtiera de ſu intento, y perorò por ſu cauſa con energía tan grande, que convencido ſu Padre, aquel dia miſmo lo llevò á el Padre Provincial, y le ſuplicó, que lo admitiera en la Compañia, por haver ya conocido, y perſuadidoſe, que era voluntad de Dios.

El conſuelo que tuvo Franciſco de vêr ya cumplido ſu deſſeo, fuè tan grande como havian ſido las anſias, y afanes de ſu pretenſion. Se explica bien la grandeza de ſu jubilo, con decir, que la mayor parte de aquella noche la paſſó en dar tiernos afectuoſos oſculos á las paredes del apoſento en que lo hoſpedaron. A el ſiguiente dia, que era la feſtividad de todos los Santos, con grande regozijo ſuyo, ſe viſtió la ſotana de la Compañia, y diò principio à ſu noviciado, en que ſus fervores fueron correſpondientes á los que havia manifeſtado mientras fué pretendiente. En breve ſe hizo reparable ſu nada vulgar virtud, y todos admiraban en èl la docilidad de ſu genio, y la facilidad con que ſe acomodò deſde luego aun á las coſas mas dificiles, y que ſe hacen muy arduas à los que acaban de dexar el mundo. Tomó deſde entonces con ſingular cuydado el ſer muy obſervante de nueſtras

ſan-

ſantas reglas, y el practicar fielmente los dictamenes, que oía á ſu Maeſtro de Novicios. Entre eſtos le oyò decir, que ſi queria vivir guſtoſo en la Religion, no pidieſſe, ni deſeaſſe coſa, ni ocupacion alguna, ni aun el mudarſe de un apoſento à otro. Obſervó con tales eſmeros de perfeccion eſte dictamen, que viniendole deſde entonces deſſeó de ir â las partes mas remotas á emplearſe en la converſion de la gentilidad, no ſe atrevia á manifeſtarlos, por parecerle, que contravenia al dictamen de ſu Maeſtro; pero dandole á eſte quenta de conciencia le declaró lo que le paſſaba, y los interiores impulſos, que ſentia de procurar emplearſe en la converſion del gentiliſmo, lo qual no ſe havia atrevido á declarar haſta entonces, por parecerle, que era opueſto à lo que le havia oído de no deſſear, ni pedir coſa alguna. A eſto le reſpondió ſu Maeſtro, que aquella maxima de perfeccion, no ſe entendia en eſte punto; porque ſiendo la coſa por sì tan trabajoſa, y tan del agrado de nueſtro Señor, y gloria ſuya, y que los Superiores guſtan de ſaber quienes ſon llamados de Dios para ſemejantes empreſſas, para que vayan guſtoſos los ſugetos, que para ellas ſeñalan, no debian ocultarſe tales deſſeos, ſino manifeſtarlos con humilde reſignacion, y ſujecion á las diſpoſiciones de la obediencia. Aſſi como eſte obſervaba los demás dictamenes de ſu Maeſtro nueſtro Franciſco, quien andaba en todo muy cuydadoſo de ſu eſpiritual aprovechamiento, y ſin deſcaecer en eſta ſolicitud acabò ſus dos años de probacion, al cavo

de

de los quales ſe conſagró de nuevo â Dios con los votos religioſos, à que precediò una muy fervoroſa preparacion de oracion, mortificacion, y otros exercicios de piedad.

## §. III.

*Sigue la carrera de ſus eſtudios, y obtiene ſer nombrado por Miſſionero de Indias.*

CONCLUIDO SU NOVICIADO PASSÒ EL Hermano Franciſco al Seminario, y fuè continuando los demás eſtudios, aplicandoſe ſiempre â ellos con teſón infatigable; por aquel nobiliſſimo motivo, que propone â los eſtudiantes Jeſuitas nueſtro Santo Padre, que es buſcar en ellos la divina gloria, y fructo de las almas. Tuvo aſſimiſmo eſpecial cuydado de que el fervor de los eſtudios no entibiara el amor de las virtudes ſolidas; antes bien en eſtas parece, que ponia ſu eſmero todo, y ſu proceder era tan ajuſtado, que le hacia, *dilectus Deo, & hominibus*, querido de Dios, y amado de los hombres. Todos guſtaban de tratarlo; porque ſe hacia amable para todos ſu virtud. Es prueba de eſto, que hallandoſe en vacaciones en la granja, y llegando ya el tiempo de volver con los otros eſtudiantes â el Colegio, para que vinieran los que havian quedado en èl, llendoſe â deſpedir de los Padres Maeſtros, que eſtaban allì, eſtos ſuplicaron al Padre Rector, que tambien ſe hallaba en

di-

dicha granja, que les dexasse allí mas tiempo al Hermano Francisco; porque su trato les era muy amable, y gustoso. Vino en ello el P. Rector, no solo sin repugnancia, sino con positivo gusto; porque le agradaba tambien el tratarlo, y oîrle sus maduros, y prudentes dictamenes. El suave olor, y apacible fragrancia de su grande virtud, no quedò solo dentro de las paredes de casa, sino que se esparciò por fuera, y movidas de su fama las Religiosas, aun siendo estudiante, lo pedian con grandes instancias de todos los Monasterios, para que les fuera â hacer platicas espirituales, las quales èl hacia con grande espiritu, y fervor, avivando assi las llamas del divino amor en los bien dispuestos corazones de las Esposas de Christo.

Interrumpieron â Francisco los Superiores la carrera de sus estudios, embiandole â la Isla de Malta â enseñar la Grammatica, lo qual hizo con notable empeño, y provecho muy grande de la juventud. Edificabanse mucho todos los Caballeros de aquella Isla famosa, viendo, que â un mismo tiempo enseñaba las letras, y la virtud, y aplaudian, como nobles, la buena crianza, respectos caballerosos, y politicas atenciones, en que imponia â sus discipulos. Passado el tiempo, que los Superiores juzgaron tenerle en este empleo, volviò á continuar sus estudios, y ya le pareciò, que era ocasion de manifestar los desseos, que Nrò. Sr. le havia dado desde Novicio de emplearse en la conversion de los Gentiles. Escribiò á N.R.P. Gl. Carlos de Noyele, dandole quenta de su vocacion, y

poniendose con humilde resignacion en sus manos. Entre tanto reciviò los sacros ordenes, y celebrò su primera Missa con mucha devocion, y ternura.

A fines del año de 1682. reciviò respuesta de nuestro P. General, condescendiendo con sus suplicas, y señalandolo para esta Provincia de Nueva España. Reciviò esta asignacion el P. Francisco con notable alegria, y consuelo de su espiritu, y diò por ella afectuosas gracias â nuestro Señor; y luego la primera diligencia, antes de disponer su viaje, fuè ir â el monte Peregrino, â visitar, y encomendarse â su especialissima devota Santa Rosalia. Allì con extraordinario fervor pidió á la Santa, que lo favoreciesse, y con instantes suplicas le rogó le concediesse alcanzar alguna reliquia suya, que lo acompañasse siempre, y le sirviesse de resguardo en los muchos, y grandes peligros, que le esperaban. Saliò del templo de la Santa con una confianza grande de que havia de vêr cumplido su desseo, y en llegando â el Colegio se informó, què Padres, ô Hermanos tenian reliquias de Santa Rosalia. Dieronle noticia, que un Padre tenia una muy especial; y luego fue â vêr â el P. Ministro, y le pidió licencia para pedir â dicho Padre la reliquia. Dióle el P. Ministro la licencia; pero le advirtiò, que se cansarìa en vano; porque muchos, assi de los nuestros, como de fuera, la havian pedido â el P. y â todos constantemente la havia negado, diciendo: que por ningun caso se havia de deshacer de ella, y queria que hasta su muerte le acompañara.

No obſtante eſto, alentado el P. Franciſco con la confianza, que la Santa le havia infundido en ſu templo, fueſſe à el apoſento del P. y le dixo: que eſtaba para emprehender un muy dilatado, dificil, y peligroſo viaje, haſta las mas remotas partes del orbe, que ſolo tenia el deſconſuelo de no tener una reliquia de Santa Roſalia, que lo acompañara, que acavaba de venir del monte Peregrino de deſpedirſe de la Santa, y que iba â ſu Reverencia con confianza grande de que no ſaldría deſconſolado de ſu apoſento, que ya iba prevenido con la licencia del Superior. A eſta propueſta ſorprendido el P. mirando â el P. Franciſco, le reſpondiò: P. mio, muchos han pretendido mi reliquia, y á todos me he negado; porque tengo firme reſolucion de que me acompañe haſta morir: ni me es poſſible deshacerme de coſa de tanta veneracion, y que tan tiernamente amo: y aſſi V. R. me perdone; porque en eſto no puedo darle conſuelo, ni ſervirlo, y ſi en otra coſa pudiere, lo harè con buena voluntad. Saliò el P. Franciſco de allí baſtantemente deſconſolado, y triſte; porque ſu deſſeo, y ſu peticion ſe havia fruſtrado; mas â poco rato de haverſe vuelto á ſu apoſento, entrò en èl el P. Miniſtro con la reliquia, diciendole: que aquel miſmo P. â quien ſu R. la havia pedido, y ſe la havia negado, ſe la acavaba de llevar, diciendole: hay eſtá la reliquia, déla V. R. â el Padre Franciſco Maria.

La cauſa de haver mudado tan preſto de dictamen aquel P. y haver cedido de ſu reſolucion tan

conſ-

constante, fuè milagrosa. Luego, que saliò de su aposento el P. Picolo, sintió un grande, y extraordinario ardor en el pecho, donde tenia la santa reliquia, que traía siempre colgada al cuello. Estrañó la novedad, y comenzò â inquirir de donde podría provenir aquel tan desacostumbrado ardor: despues de otras varias pruebas, por no dexar alguna, se descolgó la reliquia, y luego al punto cesó totalmente aquel intenso ardor, que lo molestaba, y quedó tan sereno, como antes. Mas pareciendole, que esto sería acaso, volviòse â colgar la reliquia, y al instante le volvió con mayor intension, y fuerza el ardor en el pecho, tanto, que le parecia abrasarse. Entonces conociò, que la santa reliquia se queria ir con el Missionero, y que era esta la voluntad de la admirable, y milagrosa Santa Rosalia; y assi, aunque con mucho dolor, y sentimiento suyo, puso la reliquia en manos del P. Ministro, para que este la diesse â el P. Picolo. Este la reciviò absorto, y como fuera de sí, por el gozo extraordinario, que le causò la consequcion de su desseo, y mas quando se le cumplia con modo tan estraño, y milagroso. Diò rendidas gracias á Dios, y â la Santa, y en todo el resto de su vida conservò la memoria de tan señalado beneficio, agradeciendolo siempre con afectuoso rendimiento.

Por este tiempo se le ofreció al P. Rector de Palermo passar â Roma, y llevò consigo al P. Francisco; embarcaronse en una saetia, y el viaje fuè dificil, y huvo en él harto, que padecer; porque â poco

andar ſobrevino una recia tormenta, que diò con la embarcacion en la coſta de Berberia, y tan cerca de unos eſcollos pegados à la tierra, que haviendo arrojado al mar todas las anclas, y cogido fondo, era neceſſario con palancas deſde el coſtado de la embarcacion hacer fuerza, para que eſta no dieſſe en los peñaſcos, y ſe deſpedazara. Toda una noche, que duró eſte grande rieſgo, la gaſtò el P. Franciſco en confeſſar â la gente, y exhortarla â pedir â Dios miſericordia, comenzando con eſtos preludios ſu Apoſtolado. Todos ſe hallaban conſternados en gran manera, temiendo, que ſi eſcapaban la tormenta, no ſe podrian librar de ſer cogidos de los Moros. Pero Dios oyò los ruegos, y oracion fervoroſa de ſu Siervo, y los librò de uno, y otro peligro. La dicha eſtuvo, en que todas las embarcaciones con la fuerza de la tormenta ſe havian recogido à ſus puertos, y al acabar la tempeſtad, les entrò viento recio, y favorable, que los llevò á las Playas de Roma, aunque la embarcacion llegò muy maltratada.

En Roma fué muy bien recivido el P. Picolo, y N. P. General, que eſtaba bien informado de ſu grande, y extraordinaria virtud, lo tratò con ſingulares demoſtraciones de benevolencia, y amor; dióle por agazajo unas cruces, diciendole: cruces dan ſiempre los Superiores â ſus Subditos. Paſſó à beſar el pie â ſu Santidad, y acoſtumbrandoſe en el Palacio Apoſtolico apuntar en nomina todos los que deſſean beſar el pie al Smo. Padre, para irlos llamando ſegun ſu calidad,

dad, y graduacion, inmediato â un muy iluſtre Perſonaje de Venecia, llamaron â el P. Franciſco, quien fuè admitido ſolo ſin admitir â el P. que lo acompañaba. Hablóle ſu Santidad con grande humanidad, y benevolencia, y le preguntò: donde os embia la obediencia? A las Miſſiones de la America, reſpondiò el P. Picolo, y ſu Santidad repreguntò: es allà donde anda la gente deſnuda? Si Smo. P. reſpondiò el P. Franciſco; y ſu Santidad exclamò: ô, grande laſtima os tengo! Id con la bendicion de Dios, y con la nueſtra, y aviſad á vueſtros parientes, que à vos, y á todos ellos, *uſque ad quartum gradum*, les concedemos Indulgencia plenaria *pro articulo mortis*.

Semejante aceptacion, y aprecio al que experimentò en el Summo Pontifice, hallò en los Eminentiſſimos Señores Cardenales, eſpecialmente en uno de la Congregacion de *Propaganda fide*. Y no poco importó el grande aprecio, que hicieron del P. los Eminentiſſimos, para obviar un lance, que pudo haver ſido muy peſado, y de mucho diſguſto. El dia de S. Franciſco Xavier eſtaba la Capilla del Santo Apoſtol deſtinada para que los Señores Cardenales dixeſſen Miſſa en el Altar del Santo, ſiguiendoſe por ſu orden. Saliò á decir Miſſa el P. Franciſco ignorante del reſpecto, y orden, que aquel dia ſe guardaba, y fueſſe á la Capilla, y Altar de S. Xavier, entre tanto ſe entrò á reveſtir uno de los Eminentiſſimos; y ſabiendo, que el Altar eſtaba ocupado, con mueſtras de enfado, ê indignacion, preguntò quien eſtaba en él? Reſpondieron á ſu

Emi-

Eminencia, que eſtaba el P. Miſſionero de Indias Franciſco Maria Picolo. Entonces ſerenando ſu semblante, con mueſtras de benevolencia, dixo: ſi es el Padre Miſſionero, muy bien eſtà. Aſſi como los Señores Cardenales, los nueſtros, y todos los demás, que en Roma trataron al P. Franciſco, quedaron muy aficionados de ſu perſona, y grande virtud, y èl haviendo tomado la bendicion de N. P. General, partiò para eſte Reyno.

## §. IV.

*De ſu venida â la Nueva-Eſpaña, y lo que en beneficio de las almas trabajò en el camino.*

DE ROMA PASSÒ EL P. FRANCISCO á Napoles à embarcarſe para Eſpaña en uno de dos Navios, que ſe apreſtaban entonces, para llevar à la Corte al Sr. Virrey, que en Napoles havia acabado ſu govierno. Embarcóſe el P. Franciſco, y en eſta navegacion tambien padeció muchas tormentas, y el viaje, que ſuele hacerſe en nueve, ſe hizo en veinte y ſeis dias, haſta tomar Puerto en Cartagena de Levante. De hay con otros dos Compañeros ſuyos, Miſſioneros tambien, ſe encaminò el P. Franciſco à Cadiz con grandes anſias de alcanzar la flota, que ſalia para eſte Reyno; pero ſu deſſeo ſe fruſtró; porque quando llegaron havia ya algunos dias, que la flota ſe havia hecho á la vela. Sintió notablemente el P. eſte ſuceſſo; porque ſe le retar-
daba

daba el cumplimiento de ſu fervoroſo anhelo, de vêr-
ſe empleado en convertir gentiles; mas en breve le
abriò Dios camino, facilitandole ſu viaje con ocaſion
de un Galeon, que ſe apreſtaba para la Provincia de
Honduras, y havia de conducir á el Sr. Preſidente de
Guatemala D. Enrique Enriquez, y aunque los Padres
del Colegio de Cadiz, con grande fuerza, y eficacia
le perſuadian, que no ſe embarcaſe para aquella Pro-
vincia tan diſtante, y remota de la de Mexico, y le
ponderaban lo dilatado, y aſpero de los caminos, que
tenia, que andar; ſu zelo fervoroſo no reparò en in-
conveniente alguno, ni huvo dificultad, que no le pa-
recieſſe podrìa vencer.

Embarcóſe por fin en dicho Galeon, que con feliz
viaje lo conduxo á Puerto Cabello, Provincia de Co-
mayagua. No es decible lo que en eſta navegacion tra-
bajò el P. Franciſco, y lo que manifeſtò los fervores de
ſu ardiente zelo, de ayudar à los proximos, y propa-
gar la gloria divina. El Sr. Preſidente de Guatemala,
y la Señora ſu Eſpoſa, hicieron grande aprecio del P.
y conociendo ſu grande virtud, y talentos extraordi-
narios, ſe entregaron totalmente á ſu direccion, fian-
dole con total confianza ſus conciencias. El P. ſe de-
dicò todo à el bien eſpiritual de la gente, hizo una
fervoroſa Miſſion, explicaba todos los dias algun pun-
to de doctrina chriſtiana, rezaba varias Novenas, y
otras devociones, y todos los dias indefectiblemente
el Roſario de Maria Santiſſima con toda la gente, y
aunque por entonces ninguna expedicion tenia en la
lengua

lengua castellana, fué con todo crecidissimo el fructo, que cogiò de sus Apostolicos trabajos. Y si bien es verdad, que à los principios, por la razon de no tener pericia en el Idioma Castellano, algo se recataba, y mostraba timidez en el hablar, el Sr. Governador lo animò, diciendole: P. mio, V. R. prosiga, que mueve mas, y hace mayor fructo con su santo zelo, y fervor, que pudiera hacer hablando con mucha elegancia, y pulidez el Idioma Castellano: muy bien entendemos á V. R. y à todos, como se está viendo, nos aprovecha mucho este santo lenguaje en estos mares nunca oído. En el tiempo de la Mission no quedó persona en el Navio, que no se dispusiera, confessandose para el dia de la comunion general, y el mismo P. decia, que el fructo de esta Mission fuè mayor de lo que se podia explicar.

Quando saltaron en tierra, el P. y sus Compañeros, los librò Dios de morir á manos del sangriento Pirata, que llamaban Lorenzillo, quien inmediatamente acometiò â el fuerte de Santa Martha, donde havian arribado, y degollò toda la guarnicion, y à el Capellan. En tierra queria el Sr. Presidente de Guatemala tener siempre consigo à los Padres, y servirlos en todo, y assistirlos; porque era grande el afecto, que professaba á la Compañia. Desde el lugar en que desembarcaron se despachò â Guatemala el Capitan del pliego: este antes de partir preguntó á el P. Francisco si nó escribia à el P. Rector del Colegio. Hizole bastante fuerza â el P. el oìr los nombres de

Rector,

Rector, y de Colegio; porque estaba en la persuacion de que solo los havia en Mexico, pero enterado de que lo havia en Guatemala, escribiò una carta en latin á el P. Rector, dandole quenta como havia llegado con dos Compañeros â aquella Playa, y que entre tanto, que podia personalmente hacerlo, daba â su R. la obediencia por medio de aquella carta.

Recivida esta, dispuso luego el P. Rr. remitir todo avìo para los tres Padres, con tanta puntualidad, y tanta abundancia, que toda su vida fuè el P. Picolo perpetuo panegyrista de la piadosa generosidad, y liberalidad charitativa de dicho P. Rector. A mas de todas las bestias necessarias, y mozos, fuè un Mayordomo de la hazienda, para assistir, y cuidar â los Padres, muy bien surtido de dinero, y llevaba la lista de todo lo que embiaba el P. Rector, que eran quantos regalos le havia sugerido su grande charidad, proporcionados para total alivio, y comodidad de los caminantes. Esto fuè lo primero, que llegó â el Puerto dos dias antes de que llegara el avìo del Sr. Presidente, quien viendo la puntualidad con que venia el avìo de los Padres, y la calidad de èl, convocando á las personas de alguna esfera, que havia alli, y havian venido â cortejar â su Señoria, llamando al P. Francisco, que era el Superior, le pidió le mostrasse la memoria de lo que el P. Rector le embiaba, y leyendola su Señoria en alta voz, prorrumpió con ternura, en elogios de la grande charidad, que usa en todo el mundo la Compañia: diciendo, y ponderando mucho, que â

la noticia de eſtár en aquella Playa tres pobres Jeſuitas Eſtrangeros, ellos los primeros de todos recivian un avìo tan cumplido, y con tan eſtraña puntualidad, que no podia ſer mas; pues eſtaba alli, antes que viniera el avìo del Preſidente, ô de otra qualquiera perſona, de las que havian venido en el Navio.

Pedido ſu beneplacito, y licencia â el Sr. Governador, la qual diò de muy mala gana, y con harto ſentimiento de que ſe apartaran de ſu Señoria los Padres, eſtos partieron para Guatemala, y como buenos operarios, y ſembradores Evangelicos, venian eſparciendo por el camino la ſemilla de la divina palabra, de que cogieron mucho fructo. Entre otros caſos de menos nota, ſucediò uno muy eſpecial. Llegaron â cierto lugar, en donde una muger ſe hallaba en grandes aflicciones, y aunque deſſeaba confeſſarſe, no ſe atrevia, parte oprimida de una verguenza inſuperable; y parte, porque eſtaba perſuadida á que el pecado principal, que tenia, y que mas la atormentaba, era irremiſſible, y no tenia abſolucion: con eſto vivia con ſumo deſconſuelo, ſiendo ſu penſamiento miſmo el cruel verdugo, que le daba tanto tormento â el corazon. Deſſeaba deſahogarſe la infeliz, deſcubriendo ſu cuydado, y no acababa de reſolverſe. Entendió el P. Picolo el motivo, que podria tener, la deſmedida pena, que aquella miſerable padecia, y hablóle con grande ſuavidad, y dulzura, exhortandole â que ſe confeſſara, que no hay mal alguno, ni pecado, por grave, y enorme, que ſea, que no ſe remedie con una

buena

buena confeſſion; y para animarla mas, le añadió, que ſu R. venia proximamente de Roma, donde ſe le havian concedido muchos privilegios, y gracias en beneficio de los proximos. Alentada con eſte razonamiento, y con la afabilidad, que veía en el P. la muger, ſe reſolviò â manifeſtar ſu interior anguſtia. Dixo pues: yo P. mio, por baſtante tiempo hize vida incontinente con un ſugeto (individuóle â el P. la calidad de la perſona, y era de aquellas, en que por ſu eſtado, caracter, y miniſterio, es mas vituperable qualquiera deſorden) eſte me anduvo trayendo por varias partes con tanto deſcaro, como ſi fuera yo ſu eſpoſa: enfermò dicho ſugeto, y ſe retirò para curarſe, adonde no podia yo tener entrada, durante ſu enfermedad, una tarde lo entrò â vêr un ſu amigo, y reconociendo en ſu ſemblante una extraordinaria melancolía, le preguntò: què triſteza es eſſa tan grande? A eſto reſpondiò el enfermo: mi triſteza ſe acabara, y yo tuviera grande conſuelo, ſi fulana entrara â vêrme un rato. Eſſo poco cueſta, dixo el amigo, y diciendo, y haciendo ſaliò de allí, fue â buſcarme, y me introduxo con el enfermo; quedéme yo à ſolas con èl, y eſtando los dos converſando, ya entrada la noche, llamaron â la puerta de la pieza en que eſtabamos; rezelóſe el enfermo que podia ſer, como en realidad era, perſona de que ſe debia recatar, y â quien debia temer, y dixome: eſcondete debaxo de la cama, y yo me hecharè en ella, fingiendo, que duermo, y aſſi entre quien entrare nada ſe pierde. Hizoſe aſſi, y haviendo repe-

tido el llamar á la puerta la perſona, que antes havia tocado, viendo, que nadie le reſpondia, entróſe adentro, comenzò â llamar al enfermo por ſu nombre, y haviendolo hecho muchas veces, viendo, que no le reſpondia, tomó la vela, puſoſe â alumbrarlo, comenzó á moverlo, y á hacer otras pruebas, y reconociò, que eſtaba muerto: luego â aquella hora lo compuſieron, y amortajaron, y ſacaron de alli el cadaver: yo llena de pavòr, y de ſuſto eſtaba obſervando todo eſto, ſin ſaber lo que ſería de mi, haſta que el miſmo que me introduxo dió traza para ſacarme ocultamente. Yo deſde entonces vivo inconſolable, haziendome cargo, que fui cauſa de la condenacion eterna de aquel deſventurado, y eſte es el pecado, que me he perſuadido, que no puede tener abſolucion. Oída eſta funeſta relacion exhortò el P. Franciſco á la muger à tener verdadera contricion, hizola decir los demás pecados, que gravaban ſu conciencia, y abſolviendola, la dexò muy conſolada, y muy animada â ſervir â Dios, y á emprehender una nueva vida, con que deshacer los yerros de la paſſada.

De eſte modo el Padre, como verdadero imitador de Jesus, que hacia ſiempre mucho bien, por donde quiera que paſſaba, iba haciendo bien á los proximos donde ſe ofrecia oportuna ocaſion. Aſſi continuó ſu camino haſta llegar â Guatemala, donde los tres Padres fueron recividos del P. Rector, y de los demás ſugetos, con grande amor, y charidad, obſequiaronlos, y regalaronlos tanto, que decia el P. Picolo,

colo, que en toda ſu vida no havia experimentado tan charitativo trato en parte alguna. Deſpues de haver deſcanſado en aquel Colegio algunos dias de las penoſas fatigas del trabajoſo, y dilatado viaje, el Padre Rector, que era de noble, y generoſo corazon, y eſtaba bien impueſto en la importante maxima de que no empobreze â los Colegios el aſſiſtir bien, y proveer de todo lo neceſſario con religioſa liberalidad â los ſugetos; diſpuſo avìo para el largo, y no menos moleſto, y peligroſo camino, que les quedaba, que andar haſta Mexico. Partieron los Padres de Guatemala, y aunque paſſaron las preciſſas incomodidades, y moleſtias de un camino largo, les fuè de mucho alivio lo bien aviados, que venian, y con toda felicidad llegaron á Mexico.

## §. V.

*Llega el Padre Franciſco â Mexico, y parte luego à las Miſſiones.*

LLEGADO A MEXICO EL P. FRANCISCO diò á el P. Provincial la obediencia, y haviendo recivido aquellos religioſos, y charitativos obſequios, que en todos los Colegios ſe hazen â los hueſpedes, y mas á los que vienen de Reynos eſtraños, comenzò à manifeſtar ſus deſſeos, y anſias de las Miſſiones, y á repetir ſuplicas para partir â ellas. A eſto le

reſ-

respondió el P. Provincial, que haviendo su Rev. caminado tanto por mar, y tierra, y tolerado tantas incomodidades, y fatigas, le era muy debido un largo descanso, y no era razon, ni conforme á la charidad, el hacerlo tan presto volver â caminar, y andar por tierras no menos asperas, que las que havia andado. A esto reclamò el P. Francisco, manifestando con grande viveza de afecto, los grandes, y encendidos desseos, que tenia de vêrse entre Gentiles, y para obtener buen despacho de su peticion, alegò su buena salud, y la robustez grande con que se hallaba.

A el vêr su extraordinario fervor el P. Provincial, juzgó que debia darle gusto, concediendole lo que le pedia, aunque no con tanta acceleracion, como el P. desseaba. Despues de algunos dias le diò la asignacion para Missiones, mandandole ir á la nueva Provincia de los Taraumares. Recivió su asignacion el P. Francisco con grande gozo, y consuelo de su espiritu, y disponiendo sus cosas con la mayor brevedad possible partió â la Taraumara, donde con toda felicidad, y prospero viaje llegò antes de cumplirse dos años de haver salido de Palermo. Luego que llegó, uno de los Padres primeros fundadores de aquellas Missiones, de orden del P. Visitador fuè á entregarle la nueva Mission de Jesus Carichìc: en la entrega poco huvo, que hacer; porque nada, ô muy poco era lo que havia, que recivir; y assi passados tres dias, el P. que havia venido â entregar la Mission se volviò á la suya, dexando solo á el P. Francisco.

Aquellos primeros dias experimentò grande consuelo; pero à poco tiempo se hallò poseìdo de una inexplicable melancolía. Parece, que su grande, y especial devota la gloriosa Virgen, y prodigiosa Anachoreta Santa Rosalia, quiso asemejarlo á sí; pues sabemos, que la Santa á los principios de su varonil, y heroyca resolucion de vivir sepultada en una cueva, padeció notable tedio, y horror à la soledad. No era el vêrse solo el principal motivo de la tristeza, que el P. padecia, lo que principalmente lo desconsolaba era, que ni entendia à los Indios, ni era entendido de ellos; y assi la mayor parte del dia la passaba llorando amargamente; probando Dios assi á su Siervo, con tenerlo en tan grande desolacion.

Viendose de esta suerte, determinò ir á vêrse con el P. de la Mission mas cercana, y comunicarle su afliccion, y trabajo. Passó luego à la Mission del P. Francisco de Arteaga, y dixole el desconsuelo, y angustia con que estaba oprimido su corazon. Dixole el P. Arteaga, que lo mismo puntualmente le havia á su Rev. sucedido, y que havia hecho la propria diligencia de ir á desahogarse con el P. mas cercano; y assi, que no tenia otra cosa, que decir, sino lo mismo, que le havia dicho el Padre à quien acudiò. Vaya V. R. à su Mission, celébre todos los dias la Santa Missa, reze la doctrina por el papel, que de ella hay, y no hay otro remedio para consolarse; porque haciendo esto Dios ayudarà. Volvióse el P. Picolo à su Mission, con animo de practicar, y observar fielmen-

te el consejo del P. Arteaga, como de hecho comenzò luego à ponerlo en execucion, y à pocos dias serenó Dios la tormenta, que en su corazon se havia levantado, dissipandose los nublados de angustias, y aflicciones, de tal manera, que en lo restante viviò con grande tranquilidad, y sosiego.

No es facil decir lo mucho, que el P. Francisco hizo, y trabajó en la Mission de Jesus Carichíc, cuya fundacion estaba muy à los principios, y se puede decir, que estaba en bosquexo. Acabó de fundar el Pueblo, disponiendo tan acertadamente todas las cosas, que pocos Pueblos hay en aquellas Missiones, que puedan competir con este. Fabricò la bella Iglesia, que es nna de las mejores de la Provincia, adornóla con muy buenas alhajas, siendo entre estas, una muy rica colgadura de damasco, con la continua assistencia en su Pueblo; pues residió en él 15. años, y solo se ausentó por haverlo señalado Visitador de la Provincia, el tiempo que fué necessario para visitarla, augmentò mucho el Pueblo, y puso en grande corriente todo lo temporal de èl.

Pero su principal cuidado, y solicitud se empleò siempre en atender à el fin de las Missiones, que es atender á el bien espiritual, doctrina, y enseñanza de los Indios. A los principios convirtió, y baptizò un crecido numero de gentiles; y reduciendolos á vida politica, formó con ellos un Pueblo. Esta gentilidad, que reduxo el Apostolico zelo del P. Francisco, estaba escondida en los bosques, y breñas; y porque

que no lo ſupiera el P. quando ſe ofrecia ſalir, y ſegun el termino de ſu viaje, era neceſſario paſſar por algun ſitio, de los que ſervian de eſcondrijo â aquellos barbaros, los Indios reducidos, que ſervian de guia, ô fueſſe por inſtigacion del demonio, ô porque eſtaban compueſtos con los gentiles, llevaban â el P. rodeando por diſtantes ſendas. Tuvo el P. noticia de lo que paſſaba, y muy de propoſito saliò como buen Paſtor por los montes, y cerros â buſcar aquel ganado deſcarriado, y traherlo al rebaño de Chriſto. Andando en empreſſa tan glorioſa lo libró Dios, ſi nò con milagro, con una muy extraordinaria providencia; porque una noche, los que ſervian de guia, lo conduxeron â un precipicio; faltaron â la beſtia los pies, y deſprendiendoſe de la ſilla el P. ella fuè â dar deſpeñada â lo profundo, ſin leſion alguna del P. â quien ſirvieron de aſilo las ramas de los arboles.

Era ſingular el eſmero, y diligencia, que el P. Franciſco ponia en la buena crianza de los Indios, de quienes era tierniſſimamente amado; pues en todo hacia con ellos el oficio de verdadero, y amoroſo Padre; pues â mas de procurar con tanta ſolicitud, como lo hacia, ſu eſpiritual bien, y que vivieran como Chriſtianos, no omitia medio alguno, de quantos ſu ardiente charidad, y tierno amor para con ellos le dictaba, para buſcar en todo ſu mayor alivio, y provecho. Si alguno de ellos enfermaba lo aliviaba en quanto podia, le aplicaba las medicinas, que aquellos incultos paramos permiten, partia de ſu propria co-

mida con el enfermo, y lo assistia con los esmeros, que pudiera una cariñosa Madre. Quando alguno moria, mas lo lloraba el P. que sus mismos Parientes, y â el hacer el oficio funeral derramaba tiernas, y copiosas lagrimas.

Ni solo se ciñó su excesiva charidad â los terminos de su Pueblo, y â cuidar de sus Indios; passó mas allà su heroyco zelo, haciendo mucho fructo espiritual en los Españoles del Real de minas de Cusiguriachic, quienes ya sabian, y tenian por cosa cierta, y assentada, que todos los que passaban por Jesus Carichíc, ô iban allà con algun negocio, havian de confessar, y comulgar; porque el P. Francisco con la suave, al passo que eficaz eloquencia, de que lo dotò el Señor, les hablaba â la alma, y les persuadia â componer sus vidas, arreglar â la ley de Dios sus costumbres, y tener buenas sus conciencias; y assi movidos todos de sus santos consejos, limpiaban con la confession sus almas, y se disponian â recivir el soberano pan de los Angeles. Con esto, y con su religioso porte, exemplar vida, y aplicacion â su ministerio, se havia robado el P. las voluntades, y era la veneracion de todo el Real de Cusiguriachic. Por este tiempo le vino la Profession de quarto voto, la qual hizo â 2. de Febrero de 1689.

Estando empleado el P. Francisco en tan santas obras, le vino orden del P. Provincial de que visitara aquella Provincia. Obedeciò luego, y comenzò â hacer su visita en tiempo de una sublevacion, que huvo

en los Indios. Los trabajos, que el P. padeciò fueron muchos; assi de parte de los Indios alzados, como de los Soldados, y Presidios, que se pusieron hasta que se sosegò la inquietud de aquella gente, y para el sosiego ayudò mucho el grande amor, veneracion, y respecto, que todos los Taraumares tenian al P. Francisco. Su Pueblo de Jesus Carichíc, y los otros, que le pertenecian, se mantuvieron fieles, y aun ayudaron â los Soldados, y Presidios de Españoles para sosegar el alzamiento. Sosegado este, le costó â el P. grande trabajo, y muy prolijo afán, el recoger, y agregar â sus Pueblos â los Indios, que andaban fugitivos, y dispersos por los montes. Buscólos con indecibles fatigas, passando por esta causa estrañas incomodidades de malos, y asperissimos caminos, ô por mejor decir descaminos, siendo necessario andar por las asperezas, donde tenian sus guaridas los fugitivos; â esto era consiguiente el mal comer, el no hallar mas descanso, que en la dura tierra, aun en tiempo lluvioso. Quando por buena suerte se encontraba el P. â alguno de los que andaba buscando, daba por bien empleadas sus fatigas, y aun parece, que se olvidaba de ellas, alegrandose, como se alegrò el buen Pastor de hallar la oveja errante, que se apartò de su rebaño. Acariciabalos, y regalabalos, del modo, que podia, y con grande amabilidad, y cariño les persuadia á que salieran de las grutas, en que estaban escondidos, como fieras, y se volvieran â vivir, como racionales á sus Pueblos. Sufria con grande paciencia sus groserías, y toleraba-

con eſtraña charidad las necedades, con que deſechaban ſu proprio bien aquellos barbaros. Con eſtas induſtrias de ſu zelo, y con tantos afanes proprios, conſiguiò el P. Franciſco la paz, y ſoſiego de aquella Provincia.

## §. VI.

*Paſſa el Padre Franciſco â Californias.*

COMO EL SOBERANO PADRE DE familias conſtituyó negociantes á los miniſtros Evangelicos, en eſtos reyna ſiempre una loable ambicion, y codicia ſanta de nuevos logros, y ganancias mas crecidas, deſſeando ſin ceſár ganar mas, y mas precioſas margaritas, de aquellas, que una ſola ſe apreciò con el caudal todo del divino mercader. Trabajò glorioſamente el P. Franciſco en la Taraumara por eſpacio, como ya ſe dixo, de quinze años, ganando para Dios muchas almas, en los muchos gentiles, que reduxo, y baptizó, y en los que conſervò en vida chriſtiana, y buenas coſtumbres; pero no contento con eſto aſpiraba â nuevas empreſſas, y deſſeaba reducir â la fê á otros gentiles. Pareciendole pues, que ya en la Tauramara eſtaban aſſentadas, y en buen corriente las coſas de la chriſtiandad, y que ſerìa mas del agrado de Dios el que procuraſſe Miſſiones de mayor trabajo, deſſeaba intenſamente dedicarſe â la converſion de los miſerables Californios, deſtituidos entonces de todo eſpiritual ſocorro; pues carecian de Padres,

dres, y no havia quien les enſeñara el camino del Cielo. Para eſto eſcriviò el P. Franciſco â nueſtro M. R. P. Gl. Thirzo Gonzalez, quien le reſpondiò aplaudiendo mucho, y agradeciendo ſu ſanto zelo; pero juntamente le decia, que no era poſſible por entonces emprehender la converſion de los Californios, haſta que el Rey nueſtro Sr. y ſus Miniſtros los Señores Vi-Reyes dieſſen paſſo à ello, que luego, que la Conquiſta ſe emprehendieſſe paſſarìa ſu Rev. â las Californias.

Eſta carta la comunicò el P. Picolo al Ven. P. Juan Maria de Salvatierra, que andaba por aquel tiempo meditando la heroyca empreſſa de aquella glorioſa Conquiſta, y le ſirviò de no pequeño eſtimulo el vêr que ſe le agregaban Compañeros; y aſſi avivó mucho las diligencias para obtener del Señor Vi-Rey paſſo â las Californias, y lograr la reduccion de aquella numeroſa gentilidad. Comunicò tambien el Padre Franciſco la reſpueſta, que de N. P. Gl. havia tenido á el P. Provincial, ſuplicando tambien â ſu Rev. que quando ſe verificaſſe la entrada á aquellas incultas regiones, le concedieſſe el ſer uno de los que fueſſen á cultivar aquel eriazo terreno, y hechar en èl la ſemilla Evangelica. Condeſcendió el P. Provincial con eſtas ſuplicas, y de allì â poco tiempo entrò en las Californias el Venerable Padre Salvatierra.

Luego que en la Taraumara tuvo noticia de eſta entrada el P. Picolo, con la licencia, que ya tenia, diſpuſo ſus coſas, entregò la Miſſion, y emprehendiò ſu viaje á Californias, adonde llegò pocos meſes deſ-

pues

pues de haver llegado el P. Salvatierra, â quien, y à los pocos Compañeros, que tenia, que eran cinco Soldados, halló en grande cuidado, y consternacion, por estár muy alborotados los Indios, y â cada passo amenazando con acometimientos, sin tener el P. Salvatierra resguardo alguno, mas que los cajones de vastimento, y provision, que havian trahido. El P. Francisco con estos hizo formar una trinchera, que para las flechas servia de resguardo, y defendia bastantemente, en medio formò una como plaza de armas, y para que los Indios no se atrevieran á acometer, puso los cañones de unos fuelles, como si fueran de artilleria. Con estas, y otras industrias aliviò en gran parte el P. Francisco la tribulacion en que se hallaban.

Sosegados ya los Indios, y acrecentado el numero de los Soldados, repartieron los dos Padres el trabajo, dedicandose el P. Picolo á la instruccion, y enseñanza de los adultos, y el P. Salvatierra à la de los parvulos. En el mejor modo, que pudieron fabricaron Iglesia, y para su habitacion formaron una choza, ( xacal llaman los Indios ) porque hasta entonces solo tenian las tiendas de Campaña. Luego empezaron á discurrir el ir dilatando la luz del Santo Evangelio, y hechando suertes cupo al P. Salvatierra la parte del Norte, y la del Poniente al P. Picolo, quien luego se partió, y subiò à pie con indecible trabajo á la asperissima Sierra de los Laymones, ô Cochimies, que assi llaman al sitio, donde hoy està el Pueblo de S. Francisco Xavier, à dar principio à aquella Mission.

ſion. Las fatigas, que le coſtò eſta glorioſa empreſſa, no es facil explicarlas; pues le fuè neceſſario el haver de eſtàr una temporada, ſin tener, ni aun una choza en que guarecerſe, y defenderſe del rigor de los temporales. Llegado allí el P. tuvo que ofrecer à Dios la incomodidad de tres continuos dias de inceſante lluvia de aguas nieves, que le cogian en eſcampado, ſin tener donde defenderſe. Aqui ſe fueron juntando muchos de los Indios gentiles, que en varias tropas andaban por los montes. Salió á eſta expedicion el P. Franciſco con quinze Soldados de á caballo, cinco hombres de á pie, y algunos de los Indios ya reducidos: el Capitan D. Antonio Garcia de Mendoza, y los Soldados ſe aplicaron á hacer adobes, y en poco tiempo hicieron tantos, que ſe paſmaban los Indios gentiles de vêr la preſteza con que trabajaban. Hechos los adobes levantaron en el corto eſpacio de dos dias la Capilla, que ſe dedicò deſpues à el glorioſo Apoſtol S. Xavier, y tenia ſiete varas de largo, quatro y media de ancho, con lo correſpondiente de alto, y el techo de paja. En proporcion á la Capilla formaron una caſilla para el P. con dos piezas, y el techo aſſimiſmo de paja, y dexaron por revocar las paredes.

Dexadas en eſte eſtado las coſas, el P. Franciſco con ſu comitiva fuè penetrando la tierra en buſca de gentilidad, haſta llegar à el mar del Sur, à la playa, que llaman Contra-coſta, à diſtincion del golfo Californio. En eſta jornada encontrò el P. mucha

gen-

gentilidad, logrò baptizar algunos parvulos, y en uno de los parages á que llegò, se encontrò con una India vieja, cuya cansada senectud estaba indicando la dilatada edad de un siglo. Preguntóle el P. si queria que la baptizara, como à los niños. A lo qual la anciana, con demostraciones de alegria, respondiò, que si, y ofreció, que irìa à el Pueblo, como lo hizo, y siendo instruida se baptizó. Volvió el P. al Pueblo de S. Xavier, y halló, que los naturales havian perfeccionado la obra de la Capilla, y casa, revocando las paredes, y que havian guardado fielmente algunas cosas, que se les dieron à guardar. Dió principio á la fundacion del Pueblo de visita, llamado Santa Rosalia, y luego hizo assiento en S. Xavier. Aqui, con notable empeño, se aplicó el P. à aprender la lengua de los Indios, trabajo verdaderamente grande, si no es, que digamos, que es el mayor, y mas excesivo en las nuevas reducciones: pues el aprender estos Idiomas barbaros es preciso, que sea sin Maestro, sin arte, sin libro, ni papel alguno, y es necessario atenerse á un Indio vozal, á quien se necessita contemplar, y sufrir, para que despues de sudar, y quebrarse con èl todo un dia la cabeza, se le saque una, y otra palabra mal pronunciada; pero por todo esto passa el fervoroso zelo de ganar almas para Dios.

Demás de las fatigas en aprender su Idioma barbaro, tuvo mucho el P. Francisco, que sufrir á los Indios en su grosero trato, bestiales costumbres, y propriedades de salvages. Aqui en la Mission de S. Xavier

vier ſucediò una coſa notable, y fuè, que algunos Indios, tenidos por principales entre ellos, inſtigados del demonio commovieron à la gente, y la concitaron â un grande atentado, fueron contra el P. bien armados todos, ſe arrojaron con grande furia â la caſa, en ocaſion, que por buena dicha el P. eſtaba auſente, no hallandolo allí, emplearon ſu corage en quantas alhajas encontraron, deſtrozandolas, y deſpedazandolas, lo qual hicieron con mayor rabia en las coſas de la Igleſia. Un Crucifixo de madera, que allí havia lo hicieron menudas piezas, las quales arrojaron en el cieno. Tenia el P. una Imagen de pincel de MARIA Santiſſima Doloroſa de eſpecial devocion, y que ſolia llevar en ſus Apoſtolicas correrias, y la tenia de ordinario en la cabezera de ſu cama. Viendo los barbaros eſta Imagen, dixo uno de ellos, â eſta la quiere mucho el P. y luego, diciendo, y haciendo la ultrajaron, tirandole dos flechas al Roſtro, en donde hicieron dos agugeros muy inmediatos à los ojos, que haſta ahora ſe conſervan en la Santa Imagen, en la qual manifeſtò MARIA Santiſſima, que ella es la firmiſſima torre de David, edificada con fortiſſimos pertrechos, y de ella penden inexpugnables eſcudos para defenſa de ſus devotos, y queridos, como lo era el P. Franciſco, quien en la intenſion, y deſſeo de aquellos barbaros, era el blanco á que aceſtaba ſu furor. Conſervó el P. eſta Imagen haſta ſu muerte, y en ella la endonò â el V. P. Nicolás de Tamarál, que algunos años deſpues fuè victima del furor de los Indios, muriendo â ſus manos. Tomó el

P. Tamarál con mucha veneracion, y aprecio la Santa Imagen, y la deſtinó deſde luego para colocarla como Titular en el Pueblo, que formò con el nombre de la Soledad de MARIA Santiſſima.

## §. VII.

*Haze el Padre Franciſco un viage â Mexico, y vuelve â Californias.*

POR LOS FINES DEL AñO DE 1701. EL V. P. Salvatierra, y los que en ſu Compañia eſtaban ſe hallaban en grande pobreza; por razon de la qual ſe havian empeñado, contrahiendo muchas deudas. El P. Juan Maria, como Superior, que era, determinò, que el P. Picolo paſſaſe â Mexico â ſolicitar algunas limoſnas para alivio de ſus neceſſidades, y deſempeño de las deudas contrahidas. Obedeció á eſte orden, con grande guſto, el P. Franciſco, y partiò luego para Mexico, donde ſus diligencias, y actividad tuvieron el buen efecto, que ſe deſſeaba, juntando una muy buena ſuma de limoſnas; y à mas de eſſo aſſegurò la fundacion de las dos Miſſiones de Sr. S. JOSEPH, y Santa Roſalia. Compueſtas aſſi en Mexico las coſas, al año deſpues de haver ſalido de Californias, volvió á ellas con un barco quaſi nuevo, en él traía dos Padres para que ayudaſſen, trabajando en aquellas Miſſiones, y un competente numero de Soldados.

En

En eſte viage ſucedió un caſo notable, y fué, que arrebatados de una terrible tempeſtad los navegantes, y eſtando ya para eſtrellarſe la embarcacion en unos bajos, que llaman de Barbachilato, ſin vêr donde iban por la denſiſſima obſcuridad, ya ſe daban por perdidos, y comenzaban à llorarſe naufragos; entonces el P. Franciſco exhortó à todos á poner ſu confianza en la brillante eſtrella del mar, MARIA Santiſſima, y para implorar ſu favor, y patrocinio con ſus dos Compañeros, comenzó à decir las Letanias de la Srá. y lo miſmo fuè comenzarlas, que empezar á aclarar, y deshacerſe las eſpeſas ſombras, con lo qual pudieron reconocer donde eſtaban, y con el amparo de la Soberana Reyna, ſalieron bien de aquel peligro, y llegaron felizmente á Californias,

Llegados ſe reſtituyó el P. Franciſco á ſu Miſſion de S. Franciſco Xavier, aunque no pudo eſtár en ella mucho; porque à poco tiempo de llegado le fué forzoſo paſſar à la Provincia de Cinaloa á buſcar algunos caballos, y demás ganado, para que ſe fueſſe criando en Californias. Hizo eſta diligencia con grande exaccion, y haviendo deſpachado el ganado, que havia venido á buſcar, no pudo el P. tan en breve, como deſſeaba, reſtituirſe á ſus Miſſiones, y le fué forzoſo detenerſe. Eſtando allì recivió carta del P. Provincial, en que le embiaba Patente de Viſitador de la Provincia de Sonora, y le decia, que de ningun modo ſe eſcuſara de hacer aquella viſita; porque ninguna eſcuſa ſe le admitirìa. A orden tan cerrado obedeciò

el P. Francifco promptamente, y fe pufo en camino para Sonora, donde luego, que llegò empezó à exercitar fu oficio con grande diligencia. Pufo fingular efmero, y extraordinaria folicitud en defvanecer graviffimas calumnias, y falfedades, que à nueftros Miffioneros fe oponian: con varios libelos infamatorios fe vulneraba lo mas vivo de fu honor, y fe les imputaba falta total en el cumplimiento de fus obligaciones cerca de la adminiftracion, y enfeñanza de los Indios. Efto tenia grandemente conftternados à los Padres, y las cofas llegaron á tal termino, y crecieron los efcandalos de modo, que fe viò obligado el P. Francifco, con parecer de fus Confultores, y de los Padres mas graves, que havia en aquellas Miffiones, á valerfe del Santo Tribunal de la Inquificion, y por haver fallecido el Comiffario al eftarfe figuiendo las diligencias de la caufa, y no haver otro Comiffario allì para profeguirlas, huvo de ir el Capitan Antonio Carrafco, Notario del Santo Oficio á Mexico con los autos, para informar perfonalmente â los Señores Inquifidores, â quienes tambien efcribiò el P. Obtuvo affimifmo teftimonios autenticos, ê informaciones juridicas de los que adminiftraban jufticia en aquellas partes, del recto proceder, ajuftado, y religiofo porte, folicitud, y aplicacion en fu minifterio de predicar la palabra de Dios, y enfeñar á los Indios la doctrina Chriftiana, y adminiftrarles los Sacramentos, que uniformes guardaban nueftros Miffioneros, y todos eftos inftrumentos los embió al P. Provincial, con carta fecha

cha en Guepaca, à 16. de Febrero de 1708. escritaâ el P. Juan de Estrada, quien havia entrado à governar la Provincia por muerte del P. Bernardo Rolandégui. A el siguiente año de 1709. le vino al P. Francisco successor en el oficio de Visitador, y este traìa orden de que si quisiesse el P. quedarse en aquella Provincia de Sonora, le diesse la Mission, que mas le agradasse; mas el P. Francisco nada de esto admitió, y escogiò el volver à trabajar á Californias.

## §. VIII.

*Vuelve ultimamente â Californias, donde trabajó hasta su muerte.*

HECHA A SATISFACCION, Y CON gusto de todos su visita en Sonora, volviò á Californias el P. Francisco, y se fué á la Mission de Santa Rosalia, donde perseverò, y tuvo mucho, que sufrir, y padecer con los Indios gentiles, que cada dia venian á insultarle, y á darle griteria, llegando hasta las puertas de su misma casa, con amenazas de acometerle. Pero quiso nuestro Sr. que tuviesse buen logro su benigna, y pacientissima charidad, cogiendo copiosissimo fructo de estos sus trabajos, en la conversion de aquella gentilidad, que abrazò por fin la ley de Dios, y se baptizó, y despues aquellos mismos Indios amaban à el P. mucho, y recivian sus instrucciones, y consejos, y lo que mas es, sufrian la correccion de sus

excessos,

excessos, y tal vez algun paternal castigo, sin exasperarse. Assi lo assegura sugeto fidedigno, que en varias ocasiones fuè testigo ocular de estos castigos, y correcciones.

Estando en esta Mission sobrevino una general epidemia de viruelas, en que padeciò el P. excessivos trabajos con los Indios, buscandolos por los montes para doctrinarlos, y baptizar los enfermos. Los tenidos entre ellos por hechizeros, instigados del demonio persuadieron á los demás, que el P. Picolo, y los otros Padres Missioneros havian causado las viruelas, y que el P. mataba á la gente. Con esta falsa persuacion huian del P. y le añadian indecible trabajo. Ellos, como bastantemente practicos de sus escondrijos, y andar desnudos, sin estorvo alguno de ropa para penetrar por los bosques, y breñas, agiles, y acostumbrados â andar á pie, luego que sentian venir á el P. se esparcian, huyendo como conejos, y assi despues de fatigarse mucho, caminando por cerros, y barrancas, muchas veces á pie, y aun á gatas, sin comer, tostado del Sol, haciendose pedazos la ropa, y tal vez lastimandose con las piedras, ô hiriendose con las espinas, se le frustraba al P. su trabajo, y quedaban perdidas sus diligencias, por no poderle dar alcanze á alguno de los enfermos, que buscaba. Pero finalmente, tuvo el consuelo de que muchos de ellos se desengañaron, viendo morir á los mismos, que los havian engañado, y metido en el pernicioso error, que los traìa fugitivos, y entonces trocadas las suertes, ellos

ve-

venian en buſca del P. y le pedian el ſanto Baptiſmo. Acogialos el P. con grande amor, cuidabalos con ſingular eſmero, aplicandoles quantos medicamentos podia, dabales de comer por ſu mano, y les ſervia en todo como enfermero: aſſi logrò baptizar â muchos, que acabados de baptizar murieron. El trabajo, y mortificacion, que hay en exercitar eſtas obras de piedad con ſemejante gente, no es facil de ponderarſe. Por ſus genios, coſtumbres, y ninguna inſtruccion, aquellos miſerables Indios diſtaban poco de los brutos; ellos por sí ſon ſucios, y aſquerosós, y aſſi juntandoſe el mal de las viruelas, ſe hacian horribles, y con todo eſto ſe veía muchas veces obligado el P. á hecharſe cuerpo â cuerpo con ellos en el ſuelo, para poderles hablar, y para qué ellos percibieran mejor lo que ſe les decia. Y no es eſto lo mas trabajoſo, ſino el llegar à conſeguir, que haga alguna mella la razon en aquellos animos inſenſibles, en quienes apenas ſe puede inducir el conocimiento de la eternidad, y poco, ô nada los azora ſu memoria. Mas el P. Franciſco con ſu conſtancia conſiguió mucho, y logrò ſacar muchas almas de las garras ſangrientas del lobo infernal, y ofrecerlas á Dios purificadas, y limpias con las aguas del ſanto baptiſmo.

Paſſada la epidemia de las viruelas, continuò el P. Franciſco en ſu Miſſion, dedicado todo á la doctrina, y enſeñanza de ſus Indios; algunas vezes ſalia â deſcubrir nueva tierra, y buſcar gentilidad, que conquiſtarle á Dios. Por el mes de Febrero de 1716. ſalió

liò por la parte del Norte (bien, que entonces no pudo alexarſe mucho) y haviendo llegado â una rancheria de gentiles, encontró en ellos muy buena diſpoſicion para recivir la fê, y tanta, que ellos miſmos inſtaban, manifeſtando ſus deſſeos de que el P. los doctrinaſſe. Aſſi lo teſtifica el miſmo P. Picolo en carta ſuya, eſcrita al P. Juan Manuel de Baſſaldúa, Rector de Rahun. Deſde que yo entrè (dice) por el mes de Febrero â ſu primera rancherìa, no han dexado los del Norte de convidarme â vêr ſus tierras, y rio, y han ſido muchas, y grandes las inſtancias, que con varios correos me han hecho, haſta proponerme los muchos niños, que hay, que baptizar, ſin ſaber ellos las anſias de mi corazon, que no neceſſitaba de tantos impulſos para ir volando; pero me ha detenido la falta de beſtias neceſſarias para caminos largos, nuevos, y cerrados. Ahora á no poder mas, me reſolvì â ſalir con unos machos indomitos, confiado en la piedad de nueſtro Señor, que quiere mucho â eſtas almas. Haſta aqui la citada carta.

Por el mes de Noviembre del miſmo año, ſalió el P. de ſu Miſſion de Santa Roſalia, ya mas de propoſito à deſcubrir tierra por la parte del Norte, llevó conſigo ſeis beſtias cargadas de baſtimentos, tres ſoldados, y dos muchachos, fuè deſcubriendo varias rancherìas de Indios, quienes no ſolo lo recivieron de paz, ſino que le ofrecieron aquellos regalos, de que es capaz aquella gente barbara, como ſon los meſcales, pitahayas, y en partes algunos peſcados. A eſtos retor-

tornaba el P. con maiz, ô algun poco de trigo. Los Indios, que iba encontrando ſe le juntaban, y le acompañaban en ſu camino, con grandes mueſtras de eſtimacion, aſſi de la perſona del P. como de lo que les decia â cerca de nueſtra ſanta fê, y religion. Llenabaſe de alegria el corazon del fervoroſo Miſſionero de vêr aquellos animos tan bien diſpueſtos para recivir la verdad; mas por el contrario el comun enemigo manifeſtaba bien lo que ſentia ſus correrias Apoſtolicas.

Haviendo el P. llegado el ſexto dia de ſu camino â un muy hermoſo, y ameno valle, al vêr aquella verdura, y amenidad, ſe tiraron las beſtias, que llevaba dentro de unos eſpeciſſimos carrizales; no tanto (dice el miſmo P. en la citada carta, eſcrita al P. Baſſaldúa) por la ſed, que tenian, quanto por la rabia de los demonios del Norte, que tuvieron licencia del Sr. de hechar tres beſtias en la primera laguna. De eſtas beſtias una iba cargada con varias coſas neceſſarias para el uſo, y para el ſuſtento del P. todas las quales ſe maltrataron con la agua, y algunas ſe hicieron inſervibles. Con quanta razon atribuye el P. â embidia, y furor del demonio eſte ſuceſſo, ſe conocerà por lo que aſſegura ſugeto veridico, que ſiendo Soldado, lo acompañò en muchas, ô en las mas de las correrias, que ſe le ofrecieron en Californias. Era, dice, coſa ſabida, ſiempre, que determinaba alguna ſalida el P. el que havia de haver algun embarazo, ô bien en el miſmo P. derribandolo la mula, ô en alguno de los

Compañeros, ô no hallandose en muchos dias las bestias, y finalmente, siempre ocurrian algunos impedimentos, que ponia el demonio, para estorvar el fructo, que se hacia en las almas.

Mucho era el que se esperaba coger de esta jornada, de que vamos hablando, y assi el comun enemigo procuraba impedirla. Los Indios al vêr salir tan maltratadas del agua las cosas, que traìa el P. manifestaron grande pena; pero no obstante, haviendose ahogado un caballo, lo sacaron, y lo comieron; porque gustan ellos de esta carne. El placer, que tuvo el demonio en haver hecho este perjuicio, se le convirtiò presto en grande pesar, viendo parar al Ministro de Jesu-Christo, en el mismo lugar, y sitio donde los miserables Indios gentiles se solian juntar para muchas maldades, y mirando, no sin rabia, y confussion suya, que los caminos, que se inundaban de gente para concurrir â las malditas synagogas, estaban ahora llenos de los que venian â tributar adoraciones â Christo verdadero Dios, y â venerar reverentes su santa Cruz. Dos de los Capitanes de las rancherias, despacharon su gente â llamar, y convocar â las demàs rancherias, que estaban ignorantes de la llegada del P. â aquel lugar, y al siguiente dia concurrieron Indios de diez y ocho rancherias, todos los quales se admiraban mucho de vêr, que donde ellos erigian aras al demonio, se havia levantado altar al verdadero Dios; pues allí â solicitud del V. P. Francisco se havia formado una como Capilla, ô Hermita en el mejor modo possible.

En la primera platica, que tuvo el P. con aquella gente, les declarò el fin de ſu venida, y llegandoſele los Indios principales, le dixeron, que no havian trahido â ſus mugeres; porque no ſabian para que havian ſido llamados; pero que eſtaban muy contentos de todo lo que havian oìdo: entonces el P. dió â dos de ellos varas de Capitanes, y à cada uno una frezada, y un poco de ſayál para que ſe cubrieſſen con decencia; porque todos ellos andaban del modo, que en el eſtado de la inocencia anduvo Adan en el Parayſo. En tres de las rancherias dichas, ya que no en todas, vinieron algunas mugeres, y eſtas entregaron luego guſtoſas á el P. ſus hijuelos para que los baptizaſſe. Havia entre ellos unos de tres, otros de quatro, cinco, y doze años; y ſiendo aſſi, que era la vez primera, que veìan al P. lo tenian abrazado con mueſtras de amor grande, lo qual en gran manera lo enternecia; y mas quando ya eſtaban baptizados. Eſtos eran los primeros en venir â la doctrina, y â oìr la Miſſa, á que aſſiſtian tan devotos, como ſi fueran Chriſtianos viejos. Los niños, que en eſta vez ſe baptizaron fueron cinquenta; tres, que poco antes ſe havian baptizado murieron, y fueron â rogar â Dios por los ſuyos.

A 21. de Noviembre, dia de la Preſentacion de Maria Santiſſima nueſtra Señora en el Templo, cantó Miſſa el P. con toda la ſolemnidad, que permitia una mal formada Capilla, y un paramo deſierto, y comenzó juntamente un novenario â la Señora, cantando todos los dias ſus Letanias. Viendo eſtas ſa-

 gra-

gradas funciones, un Indio tenido por grande hechizero entre los ſuyos, dixo â uno de los de la comitiva del P. todas eſtas ſon coſas muy buenas. Al vêr todo eſto no le cabia en el pecho el gozo, y regozijo al P. â quien ſolo cauſaba pena vêrſe falto de baſtimentos para tanta gente, y eſta falta era forzoſo impedimento para eſtenderſe mas, ê ir penetrando la tierra, como deſſeaba. De los Indios, que havian venido ſe informò el P. de todas las otras rancherias, que faltaban, y no havian concurrido allí, y halló ſer muy numeroſa la gentilidad, que eſtaba eſparcida en aquel territorio.

Cerca de las ſuperſticiones de eſta gente, y de los muchiſſimos, que entre ellos hay reputados por hechizeros, halló el P. lo que es comun en las naciones barbaras, y ſolo obſervò una coſa particular, y fuè el vêr muchos caminos limpios, anchos, y dilatados, y al remate de ellos una choza, ô caſa redonda bien formada, de eſtas vió varias en los llanos, y preguntó, que era aquello, ô que ſignificaba? A eſto le fué reſpondido, que en aquellos caminos, y caſas ſe hacia la fieſta de las pieles de los venados. Eſta ſolemnidad, â que los Indios en ſu Idioma le llamaban *Cavel*, conſiſtia en juntarſe varias rancherias, â tiempo determinado del año, y todos traían las pieles de los venados, que aquel año havian matado, y en aquellos eſpacioſos caminos las iban eſtendiendo como alfombras: aſſi eſtendidas iban entrando los Caziques, ô principales en la caſa, y à la puerta de ella

ſe

ſe ponia un hechizero en pie, y eſtando ſentados los demàs hace un razonamiento, que todo ſe reduce à elogios, y alabanzas de los matadores de venados; entretanto los reſtantes Indios, como locos, ſin orden, ni concierto, dan carreras ſobre las pieles: al rededor andan las mugeres cantando, y bailando. Quando ſe canſa de hablar el que hace papel de Predicador, paran las carreras, y ſalen los principales à diſtribuir â las mugeres las referidas pieles, las quales les ſirven para veſtido del año ſubſequente. Aqui no uſan las mugeres, como en las demás partes de Californias, enaguas formadas de nudos de cañas, ſi nò del hilo, que ſacan de los mezcales (planta muy comun en eſtas Indias) y andan todas con mantellinas hechas de pieles de liebres, y conejos. Los hombres andan totalmente deſnudos, y eſtos no ſon tan inclinados à luchar, como los demás Californios, ni pelean, ſi nó es por defender el culto de ſu vana religion. Aprecian mucho los que ellos llaman Guanateos, que es una eſpecie de veſtido, formado de cabellos, de que uſan para las ſuperſticiones de ſu religion. Y como unas rancherias tienen mas, otras menos de eſtos Guanateos, ô veſtiduras, unas á otras las hurtan, y la que mas tiene ſe eſtima por mas venturoſa, por vêr mas grande la ſynagoga del demonio. En una platica les afeó grandemente el P. Picolo el uſo de eſtos Guanateos, y el efecto fuè, que á la noche dos de los Capitanes de las rancherias traxeron los que tenian, y con otros inſtrumentos de ſuperſticion los puſieron debajo del altar para deſpojos de la glorioſa

riosa victoria, que por medio de su fiel Siervo conseguia Christo, del demonio, que tan subyugada tenia á aquella gente miserable.

En ella, como en ninguna otra, hallò el V. P. las mejores disposiciones para recivir la fê, y entendió, que toda aquella Nacion estaba bien informada de lo que hacian, y enseñaban los Padres, en lo que ya estaba reducido, y que todo lo aprobaba, y les parecia bien, y assi desseaban tener P. que los enseñara, y governara. Las ganas, que el P. Francisco tuvo de quedarse con estos miserables Indios, fueron grandes, y las expressó en la referida carta, escrita al P. Bassaldúa, donde dice: *Onze dias estuvimos, y yo de muy buena gana me huviera quedado hasta la muerte, â tener licencia de mis Superiores. El Señor embiarà â los que tiene escogidos para esta grande empressa de su mayor gloria, y bien de tantas almas.*

Vuelto de esta jornada el P. Picolo, continuò trabajando en su Mission de Santa Rosalia, hasta que por fin su mucho trabajo le acabò las fuerzas, y lo rindiò â la cama la enfermedad precursora de su muerte. Para esta se dispuso con el fervor, que es creible, de quien siempre tenia este terrible tranze tan presente, que en todas sus cartas era el remate pedir â los que escribia, que rogaran â nuestro Sr. le diera buena muerte, y fué esto tan continuado, que ya se solìa decir entre los Missioneros, como proloquio: *El viaje â la eternidad del P. Francisco.* Entre las frequentes jaculatorias, con que dia, y noche elevaba su corazon

â Dios, esta le era muy familiar: *O bone Jesu! Moriatur anima mea morte Justorum.* O buen Jesus! Merezca mi alma en la muerte la feliz suerte de los Justos. Assi se lo oyò muchas veces en el silencio de la noche el V. P. Nicolàs de Tamaràl, que muchos años fué su Compañero, y dormia en una pieza inmediata á la del P. Francisco: quando á este la cansada ancianidad, y los muchos congojosos accidentes, que trahe consigo, le impedian la quietud del sueño, prorrumpia en afectos fervorosos, que por estár cerca, y tener el sueño ligero, escuchaba el P. Tamarál, quien confiessa de sí, que lo compungìa mas, y lo excitaba â devocion el oír los afectuosos coloquios del Venerable anciano, que aun la oracion, leccion, ô qualquier otro exercicio espiritual.

El que assi tuvo siempre fixo en su memoria el passo para todos tan terrible, y siempre pidió para él el auxilio del Señor, ya se dexa entender, que obtuvo lo que desseaba, logrando una muerte preciosa en el acatamiento del Señor. Administróle los santos Sacramentos de Penitencia, Viatico, y Extrema-Uncion el referido V. P. Tamaràl, dixole la recomendacion de el alma, à que respondió el P. Francisco con mucha devocion, y ternura; y finalmente, entre estrechissimos abrazos â Christo, entre coloquios muy tiernos â su Magestad, y á Maria Santissima, entregò su espiritu en manos del Señor, que lo havia criado para que trabajara por su gloria, y para dilatar su fê. Fuè su muerte â 22. de Febrero de 1729. â los 74. años,

diez

diez meſes, y veinte y ocho dias de ſu edad, como 58. deſpues de ſu entrada en la Compañia, â los 40. de Profeſſo, y 42. de Miſſionero. Fuè ſu muerte univerſalmente ſentida, aun de los miſmos barbaros, que conocian muy bien la falta del que era para ellos amoroſo Padre. Su perdida fuè muy doloroſa á los Padres Miſſioneros, y fuè ſenſible para toda la Provincia, que perdiò en el P. Franciſco un clariſſimo eſpejo, y perfecto exemplar de religioſas virtudes, que ya eſpecifico.

## §. IX.

*De las religioſas virtudes del Venerable P. Franciſco Maria Picolo.*

AUNQUE TODA LA TELA DE LA vida de eſte Varon admirable, eſtá hermoſamente matizada de flores de virtudes, con que formò la rica gala para parecer bien en las eternas bodas, no ſe han eſpecificado muchas de ellas, de que conviene dar individual noticia, para la edificacion, y el exemplo. Fuè el P. Franciſco obſervantiſſimo de nueſtras ſantas Reglas, guardando aun los mas menudos apices de ellas. El teſón, y conſtancia, que guardò ſiempre en la religioſa diſtribucion del tiempo, fue admirable; y ſi eſto fuera loable en el retiro de los Colegios, quanto mas lo ſerá en las Miſſiones, en que eſtuvo el P. tantos años! Tenia el tiempo diſtribuido

de

de eſta ſuerte. Levantabaſſe de mañana, y deſpues de un rato de preparacion, tenia la hora de oracion, que ſe acoſtumbra en la Compañia. Deſpues ſe confeſſaba, ſi no lo havia hecho la noche antecedente, preparabaſſe para celebrar el Santo Sacrificio de la Miſſa, la qual decia con tal modeſtia, compoſtura, y reverencia interior, y exterior, que cauſaba reſpecto, y devota veneracion. Acabada eſta, daba gracias, y luego hacia, que los Indios en ſu preſencia rezaran la doctrina, y les hacia en ſu lengua una breve exhortacion, la qual concluida, por ſu propria mano daba á los Indios el deſayuno, daba las neceſſarias diſpoſiciones para el govierno de la caſa, y haviendoſe deſayunado ſe ponia â rezar las horas menores, lo qual hacia con notable atencion, y devocion; y para que no huviera coſa, que lo perturbaſſe, ô le llevaſſe la atenſion, ponia â la puerta un muchacho, para que impidieſſe la entrada â perros, gallinas, y otros animales, que ſon inexcuſables penſiones de las caſas de los Miſſioneros. Acabado el rezo ſe atareaba con el moleſtiſſimo exercicio de imponerſe bien en la lengua de los Indios, la qual diſtribucion, ſi para todos es moleſta, y muy peſſada, lo era mucho mas para el P. por no tener Interprete habil, y el haver de imponer â los que han de ſervir de Interpretes, es uno de los grandes trabajos de los Miſſioneros.

De eſte modo gaſtaba el V. P. la mañana, y acercandoſe ya el medio dia, hacia con grande cuidado el examen de la conciencia, manteniendo aſſi

en aquel paramo el religioſo tenor de nueſtros Colegios, iba luego à comer, y por no faltar en coſa alguna de nueſtras diſtribuciones, aſſi que acababa iba â leer el Martyrologio, lo qual obſervò, haſta que huvo enſeñado, y pudo lograr, que leyeſſe decentemente un Indito, el qual leía algun libro eſpiritual, y terminaba con el Martyrologio, ſegun la uſanza de los Colegios. Acabada ſu comida, repartia â los Indios ſu ordinaria comida, que le llaman pozole, y ſe retiraba â repoſar, haſta las dos de la tarde; entonces rezaba Viſperas, y Completas, y adelantaba los Maytines del ſiguiente dia. Deſpues leìa con mucha atencion leccion eſpiritual, ſe preparaba para la oracion mental de la tarde, que la tenia con el fervor, y devocion, que por la mañana. Acabados eſtos exercicios eſpirituales, tomaba ſu bordòn, y ſalia un rato â refrezcar en el campo la cabeza, ô ſe entretenia en vêr, y cultivar una huerteſilla, que tenia en caſa. Venia cerca del anochecer, y daba la cena â los Indios de las rancherias, rezaba con todos ſus domeſticos el Roſario, cenaba, y quando tenia Compañero converſaba con èl un rato, deſpues indefectiblemente leìa los puntos de la meditacion del ſiguiente dia, en el tomo del P. Señeri, intitulado: *Manà de la alma.* Tenia el examen de la conciencia, rezaba ſns devociones, y ſe recogía, haſta que al dia ſiguiente ſe levantaba, â tener, ô para decirlo mejor, â continuar la oracion de la noche; pues ſiendo aſſi, que los accidentes de ſu canſada edad, en gran parte, como ya ſe dixo, le eſtor-

torvaban el reposo del sueño, lo mas de la noche gastaba en Jaculatorias, y tiernos coloquios con Christo, y su Santissima Madre. De este tenor de vida tan religiosa, y ajustada, y que aun en un Colegio muy observante fuera edificativa, fuè testigo por muchos años el V. P. Nicolàs de Tamaràl, quien lo depone.

Otro sugeto muy veridico, que siendo Soldado de ordinario acompañaba al P. en sus viajes, y correrias, atestigua tambien, como aun con las incomodidades, y fatigas de los caminos, observaba regularidad, y modo de vivir religioso. El cuidado primero, que tenia, era el de la Santa Missa, que por acaecimiento ninguno dexaba de decir, llevando siempre consigo el altar portatil con todo lo demás necessario, y en llegando al paraje en que hacia mansion, componia dicho altar baxo de un pavellon, y disponia todas las cosas necessarias para celebrar, no fiandose para esto de otra persona, sino que todo lo hacia por su propria mano. A la mañana despues de celebrar con mucha atencion, y devocion, daba gracias con mucha pausa por dilatado rato. Montaba despues â caballo, y entonaba luego las Letanias de nuestra Señora. Acabadas estas rezaba el Itinerario, y otras varias oraciones, y al ir caminando levantaba con frequencia â Dios el corazon, y declaraba sus interiores afectos con oraciones jaculatorias, caminando assi, no menos, que con el cuerpo, con el espiritu azia el Cielo. Todos los años por determinado tiempo (que era regularmente el de Hyvierno) se retiraba â hacer los

exercicios de nuestro Santo P. y antes de este retiro, para que no huviera cosa, que se lo impidiera, y lo perturbara en èl, se informaba de si havia algun enfermo en todo el districto, de lo que estaba â su cuidado, para administrarle con tiempo los Santos Sacramentos, y dar las demàs providencias. Avisaba, que no lo inquietaran, ni buscaran en aquellos dias, y ya todos sabian, que havian de hacerlo assi, y solo acudian â llamarlo si ocurria la urgencia de alguna repentina enfermedad, ô cosa de gravedad semejante. En este santo retiro oia el P. lo que Dios hablaba á su corazon, y salia de él, con nuevo aliento, y brio, para continuar, viviendo exemplarmente.

Este methodo de vida tan religiosa, y ajustada, supone desde luego los esmeros cuidadosos del V. P. en la observancia de los votos, que son el constitutivo essencial de religion. En la pobreza diò grande edificacion, manifestando bien, que assi en las obras como en el afecto estaba perfectamente deshacido de todas las cosas del mundo, donde se consideraba huesped, y peregrino, atendiendose siempre como que caminaba para la eternidad. Su ropa era tan pobre, que á fuerza de remiendos se mantenia, los quales hechaba el P. por su mano, encerrandose muchas veces para coserla, y remendarla. No tenia de su uso mas alhaja, que unos quantos libros espirituales. Los trastos necessarios para caminar eran tan pobres, viejos, y remendados, que el vêrlos era argumento de una pobreza eximia. Un estuche muy viejo con unas

tixe-

tixeras, y una navaja de cortar plumas, el Sto. Chriſto, y la Imagen de nueſtra Señora Doloroſa, que como ſe dixo, flecharon los Indios, era todo ſu ajuar. Y aun las alhajas proprias de la Miſſion, eran pobres, y las muy preciſas. No reſplandecìa menos la ſanta pobreza en ſu ordinaria comida, que ſe reducia comunmente â un poco de carne ſeca de toro, que por tener en la Miſſion poco ganado, no permitia, que ſe mataran bacas. Eſta carne ſeca, â mas de ſer de toro, y flaco, como de ordinario ſucede en la Miſſion de Sta. Roſalia, era cozida en ſola agua, y por mano de los Indios, y aſſi muy mal diſpueſta, que ſe la daban al P. à mal cozer, dura, y ſucia, y tal vez nadaban en el caldo, ô agua inmunda, los guſanos cozidos, que la carne por antigua, ô mal beneficiada ſuele criar. Eſto comia, con grande guſto, el Ven. anciano, dandole à Dios muchas gracias. Las tortillas medio crudas, y el maiz mal molido, era el pan, que acompañaba á la vianda referida, y tal vez, aun eſſo faltaba; porque haviendo llegado el caſo de faltar el maiz totalmente, el P. con ſu Compañero comian la mal cozida carne ſeca, ſin pan ni algun equivalente, ô ſuplemento de èl. Eſto le ſucediò en varias temporadas, y en una, que fué mas dilatada, entrando por caſualidad en la diſpenſa, dicho Compañero del P. hallò en un rincòn un poco de arroz, que eſtaba guardado, ô por decir mejor eſtaba eſcondido, como avergonzado de parecer en publico; porque por ſu mucha antiguedad corria ya de quenta de los gorgojos. Eſte lo cozieron, y les ſirvió

de pan, hasta tanto, que les proveyò de maiz el Sr. y el P. Francisco aplaudia con gracejo aquel mal suplemento de pan, llamandolo morisqueta, â usanza de China. Entre tantas penurias, y falta aun de lo muy necessario, no solo estaba conforme el P. Francisco, sino que manifestaba grande alegria, y solo mostraba sentimiento de vêr â su Compañero padecer tantas necessidades.

Assi como en la pobreza, en la castidad, y pureza dió admirable exemplo el P. Francisco, y fuè verdaderamente emulo de los Espiritus soberanos en esta angelical virtud, y para que fuera mas probada, no le faltò el contraste de terribles assaltos, con que pretendiò el demonio hazerlo caër. Aun siendo Joven, y estando en casa de sus Padres, una mozuela de las que con nombre de donzellas suelen servir, hallandolo en una ocasion en lo alto de la casa, solo, y sin registro, con descarada desverguenza, y con notable instancia lo provocó á la culpa; pero èl bien armado con el santo temor de Dios, y esforzado con su gracia, saliò victorioso del peligro, y del todo ileso de aquellas llamas infernales. En la Taraumara muchas noches se le entrò â deshora una muchacha, no mal parecida, instandolo tambien á la torpeza; pero del mismo modo triunfó de aquel instrumento deSatanàs. En Californias recien idos perseguian al P.Francisco, y al V. P. Salvatierra dos mozuelas, acostumbraban los dos Venerables Varones salir por la tarde à la orilla de la Playa, que está llena de espeso bosque, y en-

entonces havia un cañaverál;luego,que las dos referidas Indizuelas los veian,se iban para allà; porque esta miserable gente desnuda en aquellos principios, sin conocer el pundonór, ni la verguenza, no tenian â cosa de menos valer el ofrecerse à los hombres; antes el ofrecerse lo juzgaban obsequio, y era el retorno con que regraciaban si se les hacia algun obsequio. Sentian los Padres la penosa molestia, que les ocasionaban las dos mozas; pero se iban con tiento, y no se atrevian à reprehenderlas, como ellas merecian; porque como era tan â los principios, y los Indios estaban tan extremadamente broncos, y vozales, temian exasperarlos; mas viendo, que la persequcion iba à la larga, una tarde llevò consigo la disciplina el P. Francisco, y luego que se fueron llegando,como acostumbraban las dos mozuelas, descargó sobre ellas unos quantos golpes, que como no havia ropa en que quebrantaran su fuerza, se assentaron muy bien, y tuvieron muy buen efecto, retirandose ellas, y quedando libres los Padres de su importuna molestia. La guarda mas segura de la pureza es el recato, y en este fuè extremado el P. Francisco, y tanto,que parecia ya degenerar en nimiedad. Huía con gran cuidado quanto podia, aunque de muy lejos, tener algun viso de impureza. Dixole en una ocasion uno, que viò al P. tan sumamente recatado en hablar â las Indias, aun en lo muy necessario: P. que hay,que rezelar en estas? Son ellas tan inmundas, feas, y asquerosas, que mas son remedio para quitar tentaciones, que para excitarlas.

tarlas. A esto respondiò el castissimo P. no hay que fiarse en esso, que no hay agua sucia para un atabardillado. Assi el P. salia siempre vencedor en los lances, que se le ofrecian; porque en lides de castidad, los mas cobardes, y que mas temen de sí proprios, son los que mejor asseguran la victoria. Acostumbraba hacer dormir al rededor de su cama á los Indisuelos, que tenia en casa, y los llamaba sus Angeles de guarda, aludiendo à los assaltos, que le havian dado las mugeres.

Con no menor perfeccion, que los dos antecedentes observò el P. Francisco el voto de Obediencia, teniendo como inviolable aquel dictamen de perfeccion, que ya se dixo, que oyò en el Noviciado á su Maestro. Quexabasse con el P. un sugeto de cierta disposicion de los Superiores, de que era pessada, y en la execucion mortificativa, â lo qual respondiò: Padre mio, las disposiciones de los Superiores las debemos venerar, y mirar, como disposiciones de Dios, y como tales executarlas. Practicaba el P. lo que decia, no admitiendo interpretacion alguna, ô epicheya en lo que la Obediencia ordenaba.

## §. X.

*De otras virtudes del Venerable Padre.*

LAS MAS NOBLES, Y EXCELENTES DE todas las virtudes, que son las Theologales, se vieron con grande esmero practicadas en este fiel Sier-

vo de Dios. De la grandeza de ſu fê es claro teſtimonio lo que trabajó por eſtenderla, y dilatarla, haciendoſele muy ſuaves, y ligeras las mas penoſas incomodidades por lograr el traher â los miſerables gentiles â el conocimiento del verdadero Dios. A la fê es muy allegada la virtud de la Religion, y quan exacto fué en ella el P. Franciſco, lo declara el ſingular eſmero, que tuvo en el culto divino, en el aſſéo,quanto ſu poſſibilidad alcanzaba, en las Igleſias, en la cuidadoſa, y puntual obſervancia de los Ritos, y Ceremonias Ecleſiaſticas. Cada año quitaba parte de la limoſna anual para hacer alguna alhaja, con que adornar la Igleſia, y como en una ocaſion le notaſſen, que en las Igleſias de los Indios no havia para que gaſtar tanto adorno, y eſmero; reſpondió el P. diciendo: el miſmo Dios, digno, por ſu inefable Mageſtad, de la mayor reverencia, y el miſmo Jeſu-Chriſto, que aſſiſte en las Igleſias de las Ciudades, es el que es venerado,y aſſiſte en las de los Indios. Por no dexar de obſervar ceremonia alguna de la Santa Igleſia, aun en la ſuma pobreza en que ſe hallaba en la Miſſion de Santa Roſalia,obſervaba el Jueves Santo dar de comer â doze pobres, ponia en ſu pobre apoſento, muy incomodo entonces, unas eſteras limpias, y allí ponia la meſa, y en quanto permitia la grande penuria, en que ſe hallaba, y pobreza, que padecia, diſponia variedad de guiſos, y eſtos en perſona los ſervia â los pobres, con notable devocion, y tanta ternura, que enternecia, y edificaba â los que lo veían. Todas las demàs funciones

de ſemana Santa las hacia con quanta decencia le era poſſible; y aſſimiſmo ſolemnizaba el Santiſſimo Nacimiento de nueſtro Salvador, y otras fieſtas, que tenia entre año, para las quales convidaba â las rancherias.

A el paſſo de ſu fê, fuè grande, y alentada ſu eſperanza, y ſegura confianza en Dios, con la qual alentado acometiò arduas, y dificiles empreſſas. Su charidad, y amor para con Dios fuè grande, y muy ardiente; ella lo tenia en quaſi continua oracion, y tan frequentes Jaculatorias, que de dia, y de noche embiaba por medio de ellas ſu corazon al ſumo bien. Quantas coſas hacia (ſiguiendo el exemplo de nueſtro P. S. Ignacio) las dirigìa á la mayor gloria de Dios, y era continuo en ſu voca, en quanto hacia, el decir, ſea para gloria de Dios, ſea por honra de Jeſu-Chriſto. No fué inferior la charidad, y amor de los proximos en el P. Franciſco. Ya ſe ha inſinuado baſtante lo que amaba â los Indios, haciendo con ellos oficios de verdadero Padre, y aun de Madre muy cariñoſa. Muchas veces lo vieron llorar por los trabajos, que ellos padecian en las epidemias, y los aliviaba quanto podia, curandolos, conſolandolos, y abrigandolos con la ropa, que alcanzaba. No havia Sol, frio, ni lluvia, ni otra alguna incomodidad, ô aſpereza, que detuviera á el P. aun en ſu abanzada edad, quando le aviſaban, que en alguna parte havia enfermos, partía luego preſuroſo para allá. En una ocaſion, en que en el tiempo mas rigoroſo del calor (que en Santa Roſalia Mulexè es exceſſivo) ſupo en punto del medio dia, que havia lexos de

allì

allì un enfermo, ſalió luego ſin detenerſe, y del demaſiado calor, bochorno grande del Sol, y de los arenales en que anduvo, perdiò quaſi del todo la viſta de uno de los ojos, que aunque parecia tenerlo claro, le quedó en la realidad impedido, y ſin viſta.

Eſta grande ſolicitud del bien eſpiritual de los proximos, â que lo excitaba ſu mucha charidad, no ſe empleaba ſolo en los Indios, que tenia â ſu cuidado, ſino en toda ſuerte de gentes, deſſeando, que todos vivieran muy ajuſtados á la ley de Dios. Un ſugeto, que mucho tiempo fuè Soldado en Californias, dice: que â èl, y â otros dos Compañeros, que tenia de ordinario, muy â menudo, y principalmente en las Viſperas de los dias feſtivos, los llamaba â la Capilla el P. Franciſco, y allì ſentado en un banquillo, les hacia una platica muy fervoroſa, y con tanto eſpiritu, como ſi tuviera delante un muy numeroſo auditorio. La ordinaria materia de la platica era ponderarles la fealdad del pecado, para moverlos á tenerle odio, y deteſtacion. Exhortabalos á el amor de Dios, y del proximo, á la frequencia de los Santos Sacramentos. Y eſto no ſolamente lo obſervaba en la Miſſion, ſino tambien quando caminaba acompañado de los Soldados. Quien aſſi ſe eſmerò en la charidad con los eſtraños, ya ſe dexa entender, quan charitativo ſerìa con ſus Hermanos. Atendia el P. Franciſco, y obſequiaba en quanto podia á los demás Miſſioneros, y en las cartas, que les eſcribia uſaba de un eſtilo tan ſuavemente charitativo, que era la miſma dulzura, y afa-

bilidad, y aun quando havia havido algun motivo de disgusto, escribia sin dar una minima muestra de sentimiento; antes bien con una carta suya se acavaban quantos sentimientos havia, y se animaban, y consolaban todos.

Es la charidad paciente, y benigna; por esso en su benignidad, y paciencia hizo resplandecer el Padre Francisco las llamas de su ardiente charidad. Viviò lo mas de su vida en Missiones nuevas, con Indios, que les faltaba toda cultura, bestiales en sus genios, y costumbres, y assi le daban frequentes ocasiones de exercitar la paciencia. Sucediò en una ocasion, que haviendo matado una rez en la casa del P. vino un Indio à pedir, que le diessen un poco de carne. Saliò el P. de su aposento, y por sus mismas manos cortò la carne, y la dió á el Indio, el qual la recivió, y con grande descomedimiento se la arrojò â la cara delante de otros, que estaban presentes. El fin de accion tan descompuesta, no se sabe qual fuesse; acaso fué, porque no se le diò al barbaro todo lo que desseaba, ô porque lo instigó el demonio para mortificar al Siervo de Dios, quien se mostrò tan paciente en este lance, que no dió ni la mas ligera muestra de impaciencia, ô enfado; antes bien dió á entender, que se alegraba de su desprecio, y con grande serenidad se quedó parlando con los que se hallaban presentes. Havia trahido el P. de la Taraumara á Californias un muchacho de genio muy aspero, y natural muy bronco, cuidaba este de la cozina, y de lo demàs mechanico de la casa; en-

entrando un dia por casualidad en la cozina, fuera de tiempo, el mencionado sugeto, que fuè Soldado, halló al muchacho hecho una furia, lleno de corage, y enojo, dando voces. Al mismo tiempo viò salir al Padre Francisco de su aposento, y de repetente se puso de rodillas delante del desenfrenado muchacho, pidiendole perdon de lo que le huviesse ofendido.

Otra vez estaba el P. platicando á la gente, despues que rezaron la Doctrina, y un muchacho de los mismos domesticos, ya grandecillo, se puso en la ventana de la Capilla â remedar al P. voz en cuello, con notable descaro, y atrevimiento. Pero sin turbarse el P. Francisco, ni dar muestra alguna de enfado, ô señal de sentimiento, prosiguió su platica hasta concluirla, y al muchacho, ni entonces, ni despues dixo palabra, como si tal cosa no huviera hecho. Ni fueron solos los Indios los que exercitaron la paciencia, y sufrimiento del P. Francisco, sino que tambien siendo indispensable el trato con Soldados, y otros, que venian de fuera, estos daban muchas ocasiones, en que tenia mucho, que vencer, y que sufrir. Havia en cierta ocasion incurrido en un grave descuido un Soldado, reprehendialo suavemente el P. dandole saludables consejos; pero èl como enfermo frenetico, que se vuelve contra el Medico, que lo cura, y desprecia la medicina, hablaba al P. con voces destempladas, y con tanta desverguenza, como si estuviera tratando con alguno de los Indios. Y aunque pudiera el P. hazerlo callar, lo sufriò con grande paciencia. Con otro

Sol-

Soldado del Presidio de nuestra Señora de Loreto se le ofreciò un lance bien pesado, quales à cada paso suelen ocasionar los militares. Escribiòle el P. una carta, tan medida á lo Religioso, tan atenta, y cortez, que quasi passaba los terminos de atencion, y tocaba en los de sumission: no obstante, porque daba en ella algun indicio de que le havia desagradado la desatencion, ô sinrazon, que havia usado el sugeto; estando su Rev. ausente de Santa Rosalia Mulexè, donde quedó dicha carta para que se despachase al Presidio de Loreto, escribiò el P. Francisco á su Compañero el P. Tamaràl, que quemara la carta, y no la embiara; porque en nada queria darle gusto al demonio.

Tambien un Sugeto de los nuestros estando en Loreto el Padre Francisco, y siendo Superior, le dió ocasion de molestarse, ô indisponerse, y siendo assi, que el Sugeto era por varias razones inferior, y haviendo sido el que havia mortificado al P. â él tocaba reconocerse, y pedirle perdon, lo preocupó con grande amor, y charidad el P. Francisco, pidiendole con mucha humildad, que le perdonase en lo que lo havia ofendido. Assi lo depone el mismo Sugeto con quien esto acaeciò. Siempre en las ocasiones como esta, y las demàs, que se hàn referido, conservaba el P. una serenidad maravillosa, mirandolas todas como venidas por disposicion de Dios, y su continuo desahogo en estos casos, era repetir: *Sea bendito Dios, causa de todo bien*. Todo esto es evidente prueba de la interior mortificacion, y gloriosa victoria, que havia alcanzado

zado de sí proprio; pues tenia tan domadas las passiones, y sugetas á el alvedrio, lo qual era en el P. mas admirable, por ser de complexion colerico.

Estos repetidos vencimientos arguyen tambien una muy profunda humildad. Fué el P. Picolo humilde verdaderamente sin ceremonia, ni afectacion alguna. Mostrabalo con especialidad en el trato con aquellos, que por la edad, ô por la calidad, ô por el estado, le eran inferiores, con estos se humanaba, y aun se hacia inferior, tratando â todos con grandes obsequios, y religiosa urbanidad. Quando le fuè â el P. la Patente de Visitador de las Californias, el Padre Tamarál, que como se ha dicho, fuè su Compañero, y estaba entonces ausente, le escribió una carta, en que le daba parabienes del nuevo oficio, y juntamente le decia, que aunque el amor de haver sido su Rev. su Maestro en el Noviciado de las Missiones, y el haverle acompañado tanto tiempo, le daban aquella especial confianza, que siempre havia tenido con su Rev. pero siendo ya Superior mayor, el respecto â la dignidad impediria mucho la confianza antigua. A esto respondiò el P. Francisco: *Aqui tiene mi amadissimo P. â Pancho Picaro, el mismo, que antes.* Esto decia aludiendo â su nombre. Y quando havia algo, que sufrir, ô tolerar, sonriendose se decia â sí mismo: razon es que sufra estas cosas *Pancho Picaro.*

La devocion, que â el Santissimo Sacramento tuvo el P. Francisco, fué grande, y en grado superior fervorosa. Jamàs omitió la Santa Missa, ni en casa,

ni en los caminos, y lo que mas es, ni aun las enfermedades le impedian el celebrar; porque â la mañana al tiempo de celebrar, parece, que se ausentaban los dolores, y la enfermedad pausaba. Decia el Padre la Missa, y luego que daba gracias parecia, que avisaban â los dolores, que volvian hasta rendirlo â la cama. Dixo el P. confidencialmente à su Compañero el P. Tamaràl, que havia suplicado â nuestro Señor, le hiciesse este favor, que aun en las enfermedades (de las quales tuvo varias, y penosas) le dexasse decir la Santa Missa, y â lo que parece le otorgò Dios su peticion.

El filial amor, cordial afecto, y tierna devocion â MARIA Santissima nuestra Señora, que tuvo el P. fuè en grado eminente fervorosa; nunca apartaba de su memoria esta dulcissima Madre, ni su sagrada Imagen faltaba de su vista. Con esta Señora soberana eran sus ordinarios coloquios, era su Compañera en los caminos, deciale frequentes Jaculatorias, invocabala en sus trabajos, celebraba con singular esmero, y devocion sus fiestas. A todos los que trataba les aconsejaba, y persuadia su devocion, y procuraba imprimirla en los corazones; exhortaba â que rezaran su Santo Rosario, el qual traia siempre al cuello, como honrosa cadena de su esclavitud; y del P. Francisco tomaron exemplo los Padres Missioneros de Californias para la costumbre, que entablaron de traher el Rosario al cuello sobre la Sotana, para enseñar á los Indios à que ellos lo aprecien, y lo traigan consigo, como gloriosa insignia de los Siervos de la Reyna de Cielos,

y

y tierra. Y ſe ha conſeguido, no ſolo, que lo traìgan, ſino que lo rezen tambien; y parece que quiſo la Señora manifeſtar lo que le agradaba la devocion de eſte ſuSiervo, y quiſo moſtrarſe agradecida, quando reciviò en ſus ojos las flechas, que contra èl diſparò el barbaro furor de los Indios en la Miſſion de San Xavier, como ſe dixo ya, dando â entender en el ſuceſſo, que tocar al P. Franciſco era herirle las niñas de ſus ojos.

Tambien ſe eſmerò mucho el P. en la devocion con nueſtro Santiſſimo Patriarcha, y P. S. Ignacio, y con S. Franciſco Xavier. Del tierno afecto, que tuvo â ſu amada eſpecialiſſima Protectora Santa Roſalia. A todas ſus virtudes diò el realze eſte Ven. Varon con haver mantenido ſiempre intacta, ſin mancharla con culpa grave la candida eſtola de la inocencia, y gracia, que reciviò en el Santo Baptiſmo. Para prueba de eſto pondrè â la letra el teſtimonio del V. P. Nicolàs de Tamaràl. A el P. Franciſco Maria Picolo acompañé, dice, inmediatamente en la Miſſion de Santa Roſalia, quaſi año, y medio, en que la grande humildad de ſu Rev. no ſe dedignò de tenerme por ſu Confeſſor, deſcubriendo con puntualiſſima menudencia los movimientos de ſu alma, y de ſu conciencia. Deſpues eſtando ya ſu Rev. en Loreto, y yo en San Miguel, y San Pablo acompañando al P. Juan de Ugarte, ſolia ir â Loreto, y ſiempre ſe confeſſaba conmigo el P. Franciſco, y en una ocaſion ſe confeſſó generalmente de toda ſu vida, deſde que le amaneciò la

luz de la razon, y puedo decir, que desde entonces, hasta el dia que su Rev. hizo la confession general, no perdiò la gracia, que reciviò en el Santo Baptismo. Hasta aqui el testimonio del P. Tamaràl. Y hasta aqui tambien las noticias, que han quedado de las heroycas virtudes de este admirable Varon, las quales ciertamente llenaran un crecido volumen, si nò las huviera recatado su humildad, y no huviera estado tan largo tiempo entre barbaros, que mal pudieran ponderarlas, y elogiarlas, quando no sabian advertirlas, ni conocerlas. Assimismo aqui se havia de cerrar esta carta; pero por haver dicho repetidas veces en ella, que â el P. Picolo lo acompañò mucho tiempo el P. Tamaràl, y ser este Sugeto digno de especial memoria; pues despues de haver regado con su sudór, y cultivado con su trabajo el eriazo terreno de Californias, lo regò tambien con su sangre. Haviendo de èl pocas noticias, me pareciò poner las que han quedado por apendíce de esta carta, añadiendo tambien las que han quedado del Padre Lorenzo Carranco, que fuè el primero, que por Christo diò su vida â manos de los Indios.

[-✠-]

# SUCCINTA RELACION de la vida, y muerte á manos de los Indios, de el Padre Lorenzo Carranco, Miſsionero de la Pen-Inſula de las Californias.

NACIÓ EL P. LORENZO en la Ciudad de Cholula del Obiſpado de la Puebla de los Angeles, el dia 12. de Agoſto de 1695. Fueron ſus Padres no menos conocidos por ſu piedad, que por ſu noble ſangre. Criaron â ſu hijo con mucho eſmero, y cuidado, mas para heredero de ſus virtudes, que de ſus bienes. Luego que eſtuvo en edad proporcionada para ello, lo llevaron â la Puebla, y allí en nueſtro Colegio del Eſpiritu-Santo, aprendiò los primeros rudimentos de la Grammatica. Acabada eſta lo puſieron



ſus

ſus Padres en el Colegio de N. P. S. IGNACIO, donde eſtudiò la Philoſophia, y Theologia, dando ſiempre buen exemplo de virtud, juicio, y madurez; mas como entonces eran otros ſus penſamientos, no fué mucha ſu aplicacion al eſtudio. Por eſte tiempo lo llamò Dios para la Compañia, y aunque el demonio quiſo impedirle, que obedeciera â la divina vocacion, valiendoſe para eſſo de ſu miſma humildad, y repreſentandole, que era del todo inepto, para que aſſi no oſaſſe hablar en la materia, ni entablara ſu pretenſion; èl con las miſmas armas con que pretendia vencerlo el comun enemigo, lo venciò glorioſamente, confeſſando con humilde ingenuidad ſu inſuficiencia, deſde luego, que entablò ſu pretenſion, y pidiendo con mucho rendimiento ſer admitido para el grado, que le quiſieſſen dar, y para el empleo, aunque fueſſe el mas abatido, en que le quiſieſſen poner. Admitiólo deſde luego el P. Provincial para Coadjutor eſpiritual, el qual grado admitió con el agradecimiento, guſto, y aprecio, que pudiera recivir la dignidad mas alta, y ſe le hizo mas apreciable, conſiderando, que ſin tener que andar la carrera dilatada de los eſtudios, lo emplearìan preſto en trabajar â beneficio de las almas, á lo qual, deſde entonces ſentia una grande inclinacion. Fué embiado â Tepotzotlàn, donde dió principio á ſu Noviciado el dia 4. de Abril de 1720. Allí en el tallèr de virtudes ſe fuè perfeccionando mas cada dia, y era uno de los mas fervoroſos, y exemplares Novicios, que edificaba â todos con ſu grande

ma-

madurez, juicio, y religiosidad. Acabado el bienio se consagrò muy gustoso á Dios con los votos, para el qual sacrificio se preparó con muchas mortificaciones, penitencias, y otros virtuosos actos. Despues passó al Seminario, y de hay lo señalò la Obediencia á el Colegio del Espiritu-Santo con el oficio de Sacristan, el qual exercitò con grande esmero, y diligencia, y en él, assi â los de casa, como à los de fuera, diò mucho exemplo de humildad, y mucha edificacion con su religioso, y muy ajustado proceder. Mientras estuvo en esta ocupacion, que seria como tres años, estudiò la Theologia moral, y luego, que reciviò los Sagros Ordenes lo señalaron los Superiores á Californias, para que allì fuesse Administrador, Procurador, y Parrocho del Pueblo de todos Santos, que juzgaban que podia ser bastante para aliviar las necessidades de todas las otras Missiones de aquella Provincia.

Estuvo allí poco tiempo, aunque no fuè poco lo que tuvo que padecer. Baste decir, que siendo el P. tan humilde, que quasi siempre su primera conversacion era de su cortedad, insuficiencia, ê ineptitud, aun para el empleo mas baxo; necessitò de toda essa humildad, para tolerar, y llevar en paciencia, lo mucho, que allí le dieron, que sufrir personas muy inferiores. Señalaronlo despues los Superiores para la Mission de Santiago, de que puede con razon llamarse fundador; pues fuè muy poco lo que hallò hecho quando la reciviò. Mucho fuè lo que tuvo, que afanar, assi en lo espiritual, como en lo temporal para establecerla; pe-

ro ſi eſto ſe coteja con las opoſiciones, falſos teſtimonios, y aun vituperios, que tuvo, que vencer, padecer, y ſufrir, parecerà nada qualquier otro trabajo. Padeciò â mas de los afanes, ſudores, y demàs fatigas indiſpenſables en una fundacion de nueva Miſſion, y Chriſtiandad; muchas injurias, afrentas, ê impoſturas, y quaſi el ſer tenido, y tratado como loco, ſin dar para ello ocaſion alguna. Fué eſto de tal ſuerte, que el miſmo Ven. P. Lorenzo confeſſó à un confidente ſuyo, que en eſſe tiempo, que fuè dilatado, y poco menos de un año, le impelia el demonio à precipitarſe de un monte, à ahorcarſe, y á blasfemar de Dios. Y eran tales ſus interiores anſias, anguſtias, y congojas, que lloraba amarguiſſimamente, ſudaba, y quaſi llegaba á desfallecer, y agonizar con el inſuperable peſo de la pena, y afliccion, que ſentia. Aſſi lo diſponia el Señor para la glorioſa muerte, que deſpues tuvo, y nueſtro divino Redemptor, que le concediò morir por ſu fê, quiſo comunicarle algo de lo mucho, que afligiò à ſu divino corazon en el huerto.

Serenada ya eſta tormenta, y acabada eſta tan cruel contradiccion, empezó otra, en que finalmente logrò el V. P. Lorenzo la corona del Martyrio. Deſſeoſos los Indios, que llaman Pericùes de vivir à ſu placer, y antojo en ſu antigua libertad, ô durá ſervidumbre del demonio por decirlo mejor; le tramaron al P. la muerte en odio de la fê, y de la caſtidad, y deſpues de haver eſperado tiempo, y ocaſion oportuna para lograr ſu depravado intento, ultimamente puſieron en execucion

ſu

ſu maldad un Viernes primero de Octubre del año de 1734. Saliendo el P. de ſu apoſento para la Igleſia â decir Miſſa, le diſpararon innumerables flechas, con cuyas heridas muriò luego. Pero no ſe ſatisfizo con eſſo,la rabioſa furia de los ſangrientos tyranos, ſino que agenos de toda humanidad, y mas fieros, que las fieras mas bravas, y rabioſas, executaron con el cadaver las atrocidades, y graviſſimas indecencias, que ſe horroriza la pluma de expreſſarlas, y apenas ſin eſpanto ſe pueden concebir, y parece, que todo el infierno junto, y todos los demonios, no podian llegar á penſar las terribles execraciones, que aquellos malvados executaron en el cuerpo muerto. Y para que ſe viera qual fuè la cauſa de ſu muerte, y el motivo de uſar ellos tan inauditas crueldades, deſahogaron con eſpecialidad ſu rabia en la voca, que tanto les reprehendia, y afeaba ſus torpezas, y ſuperſticiones, en ella con eſpecialidad, hecharon todo el reſto de ſus furias, inſolencias, ê infamias, haciendo en ella mil indecencias. Recivió el bendito Padre Lorenzo la corona del Martyrio con la gloria de Proto-Martyr de las Provincias, y Miſſiones de Californias;pues fuè el primero, que mereciò regarlas con la ſangre de ſus venas, deſpues de haverlas cultivado con el ſudor de ſu roſtro. Fuè ſu muerte â los 39. años de ſu edad, catorze de Compañia, y nueve de Miſſionero. Los dos principales Authores de la muerte, y trabajos del Venerable Padre, tuvieron deſaſtrados fines. A el uno, haviendo ſalido de Californias, al año ſiguiente

le

le quitaron la vida, y murió ſin Sacramentos, ni otro eſpiritual ſocorro. El otro aſſimiſmo al año, ſubiendo en una palma ſe cayò de ella, y dió en unas peñas, donde ſe hizo pedazos, acabando en ſu miſma rebelion, pertinacia, y apoſtasía, caſtigando el Señor viſiblemente, las atroces, inauditas crueldades, que havian executado con ſu Siervo.

-:✠:-

# BREVE NOTICIA DE LA vida, y muerte, à manos de los Indios, del V. P. Nicolàs de Tamaràl, Miſſionero de la Pen-Inſula de las Californias.

LA PATRIA DE EL P. Nicolàs fué la inſigne Ciudad de Sevilla. Nació el dia 24. de Febrero del año de 1686. de nobles, y muy piadoſos Padres, de quienes ſacó una inclinacion, y propenſion grande â la piedad, y â las acciones heroycas. Educaronlo con grande eſmero, cuidando de que aprovechara, no menos en la virtud, que en las letras, y ſi en eſtas logrò ſiempre ſobreſalir, y ſer de los primeros entre ſus condiſcipulos; con aquellas mereciò, que nueſtro Señor lo eligieſſe para el eſtado Religioſo, y lo llamaſſe â nueſtra Compañia, para que en ella fueſſe Apoſtolico Miſſionero, fundador de nueva chriſtiandad, norma,

y perfecto exemplar de Missioneros fervorosos, y para que finalmente acabasse glorioso Martyr, rubricando con su sangre la fê, que predicaba. Fué admitido en el Noviciado el dia 3. de Octubre de 1704. Luego, que entrò en la Compañia, parece, que entró en èl su espiritu de la mayor abnegacion, humildad, perfeccion, fervoroso desseo de la gloria de Dios, y zelo del bien de las almas. Fué en el Noviciado muy exemplar, y edificaba â todos con su juicioso porte, y exacta observancia, puntualidad, y esmero en todas las distribuciones. Concluido el biennio, y hechos los votos, en que con grande gusto suyo, y con una muy devota preparacion hizo holocausto de sí proprio, comenzò la carrera de los estudios, en los quales no olvidó, ni dexó, que se enfriaran los fervores del Noviciado, sino que se conservò de estudiante tan ajustado, y fervoroso, como lo havia sido de Novicio. Antes de acabar la Theologia pidiò venir â las Indias, para emplearse en las Missiones, y teniendo buen despacho su peticion, passó â este Reyno, y en nuestro Colegio Maximo de S. Pedro, y S. Pablo, terminó sus estudios con loa, y general aclamacion de muy bueno, y consumado estudiante. Poco despues de haver concluido la tarèa de los estudios, fué señalado â Californias, donde entrò el año de 1717. por el mismo tiempo, que salió llamado de la Obediencia su insignissimo Conquistador, y primer Apostol el V. P. Juan Maria de Salvatierra, para que assi entrasse el que havia de confirmar, y establecer con su sangre aquella

Chris-

Chriſtiandad, quando ſalia el que la havia conquiſta-do, y fundado con ſus ſudores. Fuè al principio Compañero del V. P. Franciſco Maria Picolo, y deſpues del Apoſtolico P. Juan de Ugarte: firmes columnas en que ſolo pudo el V.P. Salvatierra mantener aquella glorioſa Conquiſta. Serviales el V. P. Nicolás â â eſtos eſclarecidos Varones en la caſa, como un criado, en la Igleſia como buen Miniſtro, y de tan grandes, y conſumados Maeſtros aprendiò el arte de las artes, y mas dificil de todas, como en realidad lo es, domeſticar Indios montarazes, educados con coſtumbres de brutos, y propriedades de fieras, reducir barbaros â vida racional, y politica, y governar â los que ſe criaron ſiguiendo ſiempre ſu antojo en una total libertad.

Algunos años deſpues de eſtos trabajos, que tenian tanto mas de glorioſos, quanto les faltaba de luſtre, y eſplendor, fuè ſeñalado el P. Nicolás para fundar la Miſſion de la Puriſſima Concepcion de Nrâ. Srâ. Erigiò la Igleſia deſde los cimientos, haſta dexarla tan acabada, y perfecta, que es una de las mejores de Californias. Los afanes, ſudores, y fatigas, que le coſtò al V. P. la fundacion de eſta Miſſion, fueron tantos, tan continuos, y tan exceſſivos, que era meneſter deſcribirla para que ſe pudieſſe formar algun concepto. Si ſe mira à la ſituacion, es la peor de toda la California; ſi ſe atiende à la diſtancia, tiene treinta leguas de largo, y quaſi otras tantas de ancho, todas de montes, cerros, y precipicios; ſi ſe conſidera

la gente, ſon treinta y dos rancherias eſparcidas por todo eſſe diſtrito. Conveniencia no tiene alguna, pues ni aun hay donde tener unas rezes, que ſe mantengan algun tiempo, ni el P. hallò donde ſembrar aun un puño de trigo, ni donde poner una huerta en todo aquel dilatado eſpacio. Una huerteſilla, que formò el P. fuè â fuerza de ſu induſtria, tranſportando de otra parte tierra, y toda ella ſe podia regar á mano; con eſto ſe dice qual ſería toda ſu extenſion. Haviendo fundado la Miſſion, como ſe ha dicho, le fué forzoſo juntar, y recoger todos los Indios, para eſto era neceſſario atraherlos, acariciarlos, y regalarlos, ê ir en pos de ellos, como quien ſale â caſa de fieras, por ſierras, montes, y precipicios, lo qual no podia ſer ſin graviſſimos trabajos, y fatigas imponderables.

Haviendo ya â tanta coſta reducido â eſtár juntos â los Indios, ſe ſiguiò la prolixa tarèa de doctrinarlos, para eſto era meneſter ſuſtentarlos, y era preciſſo, que los viveres ſe traxeſſen de fuera, y para traherlos havia meneſter el Padre abatirſe â los humildes oficios de baquero, albeitar, harriero, y mozo de mulas. Deſpues tuvo que hazer la Igleſia, y para eſſo tuvo tambien, como ſe ſupone, que abrir los cimientos, que llenarlos, levantar las paredes, y techarlas, trabajando, ya con la barra, ya con el hazadón, ya con la cuchara, plomada, y nivél, de Sol â Sol, haciendoſe Alarife, albañil, cuchara, y media cuchara. Apenas havrà oficio en la mecanica, que la charidad no ſe lo hicieſſe exercer, y ſer Maeſtro. No llegó la ficcion

cion á hazer de una persona tantos metamorphosis, quantos hizo en la realidad el amor de los proximos, y el zelo de sus almas; solo gañàn no pudo ser en essa Mission, por no haver tierras, que cultivar; pero lo que no fuè en la de la Concepcion Purissima, fuélo en la segunda, que fundó de S. Joseph, en el cabo de S. Lucas, entre los Pericúes.

Allì, â demàs de domesticar, juntar, y reducir essos Indios, á demàs de levantar las Iglesias; pues no fuè una sola la que hizo en cada parte, tuvo que aplicarse á la labranza, para tener que darles que comer â los Indios, y haver tierras aptas para el intento; siendo las de los Pericúes, casi totalmente distintas de las otras de Californias. Fuè, pues, en essa Mission, fuera de los otros oficios, labrador, mayorál, gañán, y aun buey, pues le vieron tal vez uncido con un buey, y arar con un Indio. Assi fundó el Apostolico Padre Nicolàs sus Missiones, erigiendolas, no menos en lo temporal, que en lo eterno, no menos en lo material, que en lo formal, y dando, y con no menos sudores el sustento del cuerpo, que el del alma, fundando casa, Iglesia, y Mission, de todos modos. Con esto no es menester individuar cada una de sus virtudes, pues cada cosa de estas son los argumentos mayores de que se pueden colegir las mas heroycas, ô las mejores pruebas, con que se puede demostrar el grado heroyco en que el V. P. las tuvo.

Solo dos no puedo omitir: la una, su extremada mortificacion, haviendo sido lo mas de su vida una-

con

continua excurſion, en que ſu cama era el ſuelo, ſu comida maìz toſtado, y ſu deſcanſo ninguno, entre tantas incomodidades, inclemencias, neceſſidades, afanes, y ſudores; no le devia ſu cuerpo, ni aun entre los mayores, el alivio de quitarſe el cilicio, que de continuo traía. La otra, ſu tierniſſima devocion à la Reyna de los Angeles, y â ſu puriſſimo, y Santiſſimo Eſpoſo; y ſobre todo, era extremada la devocion, que tenia, y con que rezaba el Santo Roſario. Quan agradable le fué à MARIA Santiſſima la devocion de ſu Santo Roſario, y la de ſu Sacratiſſimo Eſpoſo, lo moſtró la Señora, en vida, y en muerte. En la vida, pues logró el Venerable Padre emplearla apoſtolicamente en la fundacion de las Miſſiones de ſu Concepcion Puriſſima, y de ſu Puriſſimo Eſpoſo San Joſeph; en muerte, pues el dia de la ſolemnidad de ſu Santo Roſario, tres de Octubre, en que treinta años antes havia entrado en la Compañia, conſiguió deſpues de haver celebrado el Santo Sacrificio de la Miſſa, la corona del Martyrio, que á empellones, golpes, y heridas de flechas le dieron los Pericúes. Quemaron deſpues ſu cuerpo, y con èl quantas coſas ſagradas havia en la Igleſia, como lo havian hecho tambien con el Venerable Padre Lorenzo Carranco, para que en todo tuvieran un miſmo fin, los que para la fiereza de los barbaros tenian una miſma culpa, que era irles á la mano en ſus exceſſos, y afearles ſus torpezas; por eſta cauſa quemaron ſus benditos cuerpos, todas las alhajas ſagradas, las imagenes, y las eſtatuas de los

San-

Santos. Fuè ſu Martyrio el dia 3. de Octubre, en que ocurriò la Feſtividad de nueſtra Señora del Roſario, el año de 1734. â los 48. años de ſu edad. 30. de Compañia. 17. de Miſſionero, y 12. de Profeſſo de quarto voto.

Un Sugeto nueſtro, que eſtuvo en aquellas Miſſiones ateſtigua, y con juramento afirma lo ſiguiente: eſtuve en la Miſſion de Santiago en el Sur, y haviendo hecho exquiſitas diligencias para hallar los hueſſos, ô cenizas de los dos Padres, que fueron muertos, y deſpues quemados por los barbaros, no hallé del Padre Tamarál, que ſe hizo ceniza, mas que unos pocos hueſſos pequeños, y lo proprio del Padre Lorenzo Carranco; con eſta diferencia, que vi, unos bollos de ceniza empapados en ſangre encendida, que nos admirò á todos, y parecia recien ſacada. Todos los Indios, preguntados, dixeron, que el motivo, que tuvieron â matar dichos Padres, fuè el odio, que les tenian, por no conſentirles deſpues de baptizados, la multiplicidad de mugeres, que antes acoſtumbraban, y que los obligaban à rezar, y venir á Miſſa, y que ſus hechizeros aſſi ſe lo havian aconſejado. Ambos Padres haviendo ſido aviſados, que los venian à matar, pudiendo, no quiſieron huir, y ſe les hincaron quando vinieron, y les eſtuvieron predicando, los cubrieron de flechas, y piedras, que les tiraron. Quemaron las Igleſias de ambas Miſſiones, y todos los ornamentos ſagrados, calizes, y Santos, y las pocas paredes, que dexaron, y no pudieron derri-

TS 753
TS 197 c



derrivar; vi yo las ſeñas de las muchas pedradas, que les tiraron innumerables, ſolo hallé en ſér un librito de nueſtra Señora, que guardò un Indio.

De todo lo dicho ſe infiere bien, que el unico motivo, que incitò la rabioſa furia, y furor diabolico de los Pericúes, para exercitar tan atroces crueldades con los Padres, fuè el que eſtos los obligaban à vivir chriſtianamente, y aſſi en quanto permite la fê humana, ſin prevenir el juicio de la Santa Igleſia, infalible regla de la verdad, debemos perſuadirnos, que murieron *in odium fidei*, como verdaderos Martyres. Demos gracias á nueſtro Señor, que nueſtra Madre la Compañia ſiempre fecunda, nunca dexa de tener Hijos, que la iluſtren con ſus heroycas proeſſas, y admirables virtudes, y que la ennoblecen, derramando ſu ſangre por Chriſto.

Suplicando aſſimiſmo â VV. RR. me tengan muy preſente en ſus ſantos Sacrificios, y oraciones. Mexico, y Diciembre 23. de 1752. años.

Siervo de VV. RR. en Chriſto,

✠
IHS

*Juan Antonio Balthazar.*